

DE LA GRANJA, José Luis, REIG TAPIA, Alberto y MIRALLES, Ricardo (eds.)
Tuñón de Lara y la historiografía española
 Siglo XXI. Madrid, 1999

Este libro constituye un homenaje póstumo a la persona y la obra de Manuel Tuñón de Lara y es el tercero que se le dedica desde que en 1991 se jubiló como catedrático emérito de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco. En los libros anteriores (José Luis de la Granja y Alberto Reig Tapia [eds.]: *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, 1993; y José Luis de la Granja Sainz [coord.]: *Manuel Tuñón de Lara. Maestro de historiadores*, 1994)¹, todavía en vida de Tuñón de Lara, ocuparon un espacio muy destacado sus aspectos biográficos y profesionales, aparte de otras valiosas colaboraciones, sobre todo en el primero, en las que se analizó su obra y se proyectó su influencia sobre los contemporaneístas españoles y los hispanistas franceses, como ya entonces puse de manifiesto². Pero en este libro han dominado los análisis de su obra y su influencia, y sobre todo de su ejemplo como historiador, aparte las referencias

afectuosas a su persona. Aquí se ha intentado, además, situar y proyectar su obra sobre las dos últimas décadas de la historiografía contemporaneísta española y cerrar la segunda etapa de forma semejante a la primera que concluyó con la publicación de las actas del X Coloquio de Pau (1979) y el homenaje que se le dedicó en la UIMP (1981)³. Por último, los autores que han colaborado en este libro constituyen la mejor muestra del *rastro* de Tuñón en la historiografía española: todos ellos entraron en contacto con Tuñón cuando eran historiadores jóvenes y hoy han adquirido un reconocido prestigio profesional, y han mantenido la relación con su obra y sus proyectos, a pesar de las divergencias existentes de tipo metodológico o procedimental⁴. Utilizando una expresión del propio Tuñón de Lara, podría definirse a estos historiadores como una adecuada representación del grupo de los «paulinos».

Los editores del libro han efectuado un excelente diseño con los materiales de que disponían, a pesar de la distinta procedencia de los mismos (cursos, mesas redondas y homenajes en los que la personalidad y la obra de Tuñón de Lara fueron

1. Estos libros fueron editados, el primero por el Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco y el segundo por esta misma institución y la Casa de Velázquez de Madrid.

2. Glicerio Sánchez Recio: GRANJA, J. L. de la y REIG TAPIA, A. (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, nº 8/9 (1991-92), pp. 234-235.

3. Ver respectivamente: TUNÓN DE LARA, M. y otros, *Historiografía española contemporánea*. Siglo XXI. Madrid, 1980; y *Estudios de Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, 3 vols. Madrid, 1981.

4. De la nómina de los veinte historiadores que han colaborado en esta obra, nueve han participado en otra u otras publicaciones de homenaje a Tuñón de Lara, con escritos de tema semejante y parecida entidad. A ellos debe añadirse Paul Aubert que, aparte de otros trabajos; coordinó el *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 26: *Dedicado a Manuel Tuñón de Lara* (diciembre 1997), CNRS, Université de Provence.

los elementos centrales), lo que ha supuesto que dos autores participen con más de un trabajo y aparezca, en un caso, cierta inadecuación entre sus escritos⁵. Estos materiales han sido ordenados en tres bloques diferenciados:

1) *Manuel Tuñón de Lara: una época de la historiografía española contemporánea*, en el que se analizan con profundidad aspectos generales y cuestiones específicas de la obra de Tuñón de Lara. Desde mi punto de vista, es el bloque más compacto del libro por la calidad de los trabajos, en los que se exponen con nitidez algunas de las aportaciones de Tuñón de Lara y se marcan en todos los casos las diferencias entre sus planteamientos y los de las tendencias dominantes hoy en la historiografía. Los trabajos de este primer apartado pueden dividirse en tres grupos: a) El formado por los escritos de los profesores Aróstegui y Pérez Ledesma: el primero sobre la *trayectoria de Tuñón dentro de la historiografía española* y el segundo sobre su *concepto de historia social y la influencia* que ejerció en los historiadores españoles. Ambos estudios están realizados con rigor y precisión, sin otras concesiones que las debidas al afecto personal y al ejemplo dado por el maestro. Dice Pérez Ledesma de forma suficientemente expresiva: «Si hay algo cierto en este rapidísimo repaso de las novedades de la última década, la conclusión se impone: no hay lazos estrechos entre las preocupaciones, las actitudes y las tareas a que Tuñón dedicó su actividad como historiador y aquellas a las que ahora se enfrentan los miembros del gremio, o al menos los sectores más innovadores del mismo...» (p. 33). b) Constituyen otro grupo los trabajos dedicados a analizar cuestiones concretas de la obra de Tuñón de Lara: la *dictadura franquista*, que realiza el profesor R. Miralles, y que si por una parte muestra la distancia que nos separa hoy de

aquellas primeras aportaciones, por otra manifiesta problemas que la historiografía no ha superado todavía como el relativo a la caracterización del régimen franquista; la *historiografía andaluza sobre el movimiento obrero*, efectuado por el profesor L. Garrido en homenaje simultáneo a Tuñón y Antonio Calero, situando las obras de ambos en los lugares que les corresponden de los distintos capítulos de dicha historiografía; y la *historicidad de la obra galdosiana*, del profesor Pérez García, que Tuñón analizó y utilizó de acuerdo con los criterios y la práctica de los hispanistas franceses. c) El tercer grupo lo configura por sí solo el trabajo de J. M. Desvois sobre la *historia de la prensa*, campo en el que Tuñón no sólo innovó con métodos, técnicas y temas sino que fue propiamente el introductor de esta rama del saber historiográfico en España, que ha dado importantes resultados sobre todo en la historia política, la social y del pensamiento. Por último, el artículo del profesor Joseph Pérez sobre la relación recíproca de Tuñón de Lara y el *hispanismo francés* tiene principalmente un carácter testimonial, resaltando tanto lo que el primero recibe como la huella duradera que ha dejado en esta especialidad de la historiografía francesa.

2) *La renovación de la historiografía española contemporánea: períodos*, en donde se analiza la trayectoria de la historiografía desde la restauración hasta la transición democrática. Aquí no existe ya la unidad temática del bloque anterior y la afinidad ha de buscarse en aspectos externos, es decir, en la proximidad que estos historiadores tuvieron en algún momento con Tuñón de Lara. Todos ellos son especialistas en cuestiones referentes al período histórico que analizan, pero los trabajos son de distinta factura dependiendo de la información y de los criterios utilizados para evaluar la mencionada renovación. Se

5. Resulta llamativo, por ejemplo, que después de la larga vindicación del profesor S. Juliá contra el profesor C. Forcadell en torno a la cuestión de la historia social en España (pág. 154), no aparezca ésta en su artículo: «Recientes debates sobre historia social» (pp. 245-256).

han de señalar por un lado los trabajos académicos de los profesores Borja de Riquer y Santos Juliá sobre la *historiografía política de la restauración* y la *historiografía de la segunda república* respectivamente: el primero sigue el hilo conductor de los debates sobre el funcionamiento del sistema de la restauración y la crisis final del mismo (p. 124), y el segundo hace un análisis selectivo de las que, a su juicio, han sido las principales aportaciones al tema y han dado lugar a los debates más importantes en las dos últimas décadas sobre la historia política, en particular sobre los diferentes nacionalismos y regionalismos, la historia social y la económica. Por otro lado se ha de reseñar el trabajo crítico y apasionado del profesor Alberto Reig sobre *historia y memoria del franquismo*, en el que, a mi juicio, no queda explícito suficientemente que además de la historia «objetiva» del franquismo, es decir, la hecha con criterio y método científico, y la subjetividad de la memoria, existe el análisis científico de la memoria, es decir, convertirla en objeto del trabajo historiográfico para situar sus contenidos en el lugar que le corresponda en la escala del conocimiento. Por último, los trabajos de los profesores P. Preston y A. Viñas están elaborados desde otras perspectivas: el primero analiza *la historiografía de la Guerra Civil española* desde el punto de vista del hispanismo británico, y el segundo realiza, de acuerdo con su trayectoria, unas lúcidas *reflexiones sobre la economía española durante el franquismo*, en las que destaca la idea de la relación estrecha entre la política y la economía y el retraso de ésta por la subordinación que experimentó respecto a aquélla (p. 212).

3) *La renovación de la historiografía española contemporánea: temas*, que los editores dividen a su vez en tres partes para dar cabida a la pluralidad de temas e historiografías, reflexionar sobre el estado actual de la historiografía contemporánea y hacer una proyección sobre el futuro. En la primera parte se han incluido dos trabajos, uno sobre *la historia agraria en la España*

contemporánea del profesor Ramón Villares y otro sobre *mujer e historiografía* de la profesora M^a Victoria López-Cordón, que resultan dos excelentes exposiciones sobre el estado del conocimiento historiográfico de estas dos áreas que gozan de una larga tradición investigadora la primera y de un reciente, aunque consolidado, reconocimiento académico la segunda; se incluye asimismo otro trabajo del profesor S. Juliá acerca de los *recientes debates sobre historia social* que, a pesar de estar relativamente próximos en el tiempo, resultan ya poco novedosos pero nos inducen a pensar en la ausencia de estos planteamientos entre los especialistas españoles de historia social. En la segunda parte —*historiografías hispánicas*— se han recogido cuatro trabajos en torno a la producción historiográfica contemporánea española: los tres primeros están dedicados a estudiar sucesivamente el panorama que se ofrece en Cataluña, Euzkadi y Galicia, en los que el profesor B. de Riquer hace unas consideraciones precisas sobre el estado actual de la catalana y los profesores José Luis de la Granja y Justo G. Beramendi recorren respectivamente la trayectoria de la vasca y la gallega desde los primeros pasos de estas historiografías en los años setenta —la primera generación de historiadores, según sus palabras— hasta la consolidación alcanzada en los años noventa. El cuarto trabajo, del profesor Manuel Suárez Cortina, sobre *la «pequeña España». Particularismo centrípeto e historiografía contemporánea desde la transición democrática* me ha sorprendido enormemente porque la metáfora del título no me parece acertada y el contenido, la historiografía producida en tres comunidades autónomas uniprovinciales y en Extremadura, no es suficientemente representativa, pero el escrito, en general, trasluce el desacuerdo de los historiadores ante el concepto y el contenido de la materia Historia Contemporánea de España. Los historiadores, en definitiva, estamos inmersos en la sociedad y las instituciones a las que pertenecemos. Por último, la tercera parte —*pasado, presente y futuro*

de la historiografía española— está formada por los trabajos del profesor Juan Sisinio Pérez Garzón y la profesora Elena Hernández Sandoica: el primero —*sobre el esplendor y el pluralismo de la historiografía española, reflexiones para el optimismo y contra la fragmentación*— es un escrito con cuyo título se anatematiza la pretendida crisis de la historiografía y en el que se hace un planteamiento de amplia perspectiva, donde se encuentra la obra y la personalidad de Tuñón de Lara junto a la de otros maestros de la disciplina; por el análisis realizado y la producción obtenida Pérez Garzón califica la etapa comprendida entre 1975 y 1997 (fecha del curso/homenaje) como «edad de plata» de la historiografía española, aunque advierte al mismo tiempo de los peligros que amenazan y de los vicios que minan la actividad del historiador. La segunda, la profesora Hernández Sandoica —*presente y futuro de la historia contemporánea en España*— insiste en la pluralidad existente respecto a los temas y métodos y la interdisciplinaria frente al uniformismo de los años setenta («ya no hay un solo rey en Israel ni volverá a haberlo», como escribía S. Juliá en 1993), pero advierte también de los peligros que pueden acompañar al ensimismamiento de los historiadores y a su despreocupación de la demanda social, y avisa sobre la necesidad de rejuvenecer a los profesionales a medio plazo.

En definitiva, en este libro se realiza un análisis y se hace un diagnóstico bastante correcto sobre el estado de la historiografía contemporánea española, aunque no hay que olvidar que faltan otras voces para que en el concierto se oyeran otros tonos y se recogieran otras sensibilidades; con éste y los otros libros citados se delimita con precisión el lugar que le corresponde a Tuñón de Lara entre los maestros de la historia contemporánea de España. Por todo ello, es justo expresar nuestro reconocimiento a los editores.

Glicerio Sánchez Recio
Universidad de Alicante

CUENCA TORIBIO, José Manuel

Catolicismo contemporáneo de España y Europa. Encuentros y divergencias
Encuentro. Madrid, 1999

Nos encontramos ante una nueva y novedosa aportación del profesor Cuenca Toribio a la historiografía del catolicismo contemporáneo. Densa obra, compuesta por una selección de trabajos que partiendo de un tema central, el catolicismo español contemporáneo, penetra en la difícil parcela de la Historia Comparada. Se presenta una esmerada labor de síntesis, si bien cuantiosa en volumen de datos cotejados, no así en cuanto a la extensión formal de la obra. Frente a la complejidad del análisis abordado, dominan la claridad y concreción, a lo que contribuyen su misma estructura así como una rigurosa y cuidada selección de notas. Partiendo de un recorrido en «perspectiva» por el catolicismo español de la contemporaneidad, recalca en sus coetáneos europeos, esto es, francés, portugués, italiano, belga y alemán. Completan la obra un detenido análisis del anticlericalismo, preceptivo en la temática que nos ocupa, y una visión de la labor educativa jesuítica durante la posguerra, a través de las Memorias de protagonistas destacados.

Al abordar la *panorámica española del catolicismo* desgrana el autor, en apenas unas páginas, apuntes certeros de su evolución. Partiendo de la simbiosis pueblo-Iglesia durante la guerra contra el ejército invasor, de un «catolicismo estimado como célula básica y fundente esencial de la nacionalidad española», se detiene en cada una de sus etapas históricas sin dejar de acentuar temas cruciales como el proceso secularizador, el anticlericalismo creciente o la aparición del «catolicismo social». Para el autor, la continua presencia de la política en torno al problema clerical en los primeros años del siglo xx, será una constante de su «arcaísmo». A la Iglesia española de estos primeros decenios, apunta, le faltó renovación y actualización para equipararse a las centroeuropeas del momento, así como un

acercamiento al mundo obrero. Los nuevos aires conciliares aportarían finalmente una creciente autenticidad a la Iglesia española, que terminaría así abrazando «el régimen de libertades plenas» y con ello el desenlace democrático posterior.

En el capítulo de las *relaciones entre el catolicismo francés y el español*, a las cuales dedica el profesor Cuenca dos trabajos en su obra, destaca la omnipresente influencia francesa en el catolicismo hispano a lo largo del siglo xx. Buscando ésta, comienza remontándose a los primeros años del siglo anterior y la encuentra tanto entre las corrientes contrarrevolucionarias como liberales y en las primeras tendencias anticlericales. Todas beberán fuentes francesas. Sin duda, apunta, la facilidad del idioma entre la burguesía contribuyó grandemente al contacto, acentuado ello por la influencia de la literatura gala sobre la española, «absorbente» en ocasiones. Ambos países se enfrentarán a un nuevo siglo con similares problemas religiosos y el desarrollo de los acontecimientos, allende los Pirineos, será un referente continuo para los diferentes grupos ideológico-políticos peninsulares. No obstante, resalta el profesor Cuenca, la existencia de un catolicismo español «poco intelectualizado y con escaso bagaje científico», entre otras cosas, impidió que se metabolizara la controversia modernista vivida en Francia durante esos primeros años. Más fructíferos serían los contactos entre ambos catolicismos las siguientes décadas, en las que Cataluña, referente de la industrialización y el desarrollo cultural del momento, actuaría como foco reflector para el resto de las regiones españolas. Abundando en los puntos de contacto entre católicos de ambos países, se detiene en las diferentes etapas de nuestra historia más reciente destacando en cada momento personalidades concretas que ejercerán dicha influencia sobre el catolicismo hispano, así como inflexiones o cambios de orientación de ésta. Termina este cotejo entre ambos catolicismos calificando el influjo

francés sobre el hispano de «colonizador», si bien desde los años conciliares se iría desvinculando de esa absorbente dependencia hasta llegar a un estadio «en el que el influjo francés, sin ser desdeñable, no pasa de ser uno más».

Se afronta a continuación el análisis de *las relaciones católicas hispano-portuguesas* por parte del autor, como la historia de un desencuentro entre dos pueblos marcados por un paralelismo constante. Rastrea las diferentes etapas de sus respectivas historias en las que ello se hace patente. Incluso en momentos de buenas relaciones políticas durante la contemporaneidad, ello no se reflejó en un trasvase entre ambos catolicismos. Señala, entre algunas de las causas, el fuerte ascendiente francés en ambos, y la absorbente «centralización romana». Sólo les uniría la adversidad en los años interseculares. No obstante, tras estos esperanzadores augurios de conexión se sucedería una nueva «asincronía», que ni aun el ecumenismo conciliar lograría solventar. Haciendo una incursión en la hipótesis histórica, plenamente válida por cuanto forma parte del mismo análisis, el autor concluye lamentando estas «incomprensiones y desvíos» y apuntando dos valores que podría habernos aportado el catolicismo portugués, esto es, «un mayor desanclaje de la militancia política y un aumento de su porosidad ecuménica».

No más fortuna que el anterior tendrían los contactos entre *catolicismo italiano y español* durante el siglo xix, salvo los puramente diplomáticos. La debilidad de ambos fue, para el autor, un escollo en su mutua atracción. El influjo francés continuaba como acreedor preferente. Con el nuevo siglo las nacientes tendencias demócrata-cristianas o modernistas italianas tampoco atrajeron al catolicismo hispano, que apuntaba más al tradicionalismo vaticano. Dos puntos de atracción para nuestro catolicismo fueron, hacia los años veinte, la Universidad Católica de Milán, norte de los «Propagandistas», y, en el plano político, el destello de los «populari» de Sturzo. La unidireccionalidad

del nacional-catolicismo bebería abundantemente en fuentes bibliográficas italianas, situación a la que contribuyó el ostracismo en que había caído la influencia francesa. Más tarde, los contactos conciliares volvieron a acentuar la tibieza de ambos catolicismos frente al francés.

Significativo el título empleado por el autor al abordar las relaciones del *catolicismo español y belga*, «Análisis de una indiferencia», sólo ello ya nos pone sobre aviso. Si del lado belga, el joven nacionalismo sería una de las causas del distanciamiento hacia lo español, éste, enfrascado en su lucha con el liberalismo, tampoco favoreció los contactos durante las primeras décadas del XIX. A la búsqueda de las causas del desencuentro, resalta el profesor Cuenca que las «elites españolas» de la Revolución sesenta y ochista y los primeros momentos restauracionistas, tan ávidas en la búsqueda de modelos, no fijarán su vista en Bélgica, atraídas por «naciones menos confesionales». Entre la intelectualidad católica hispana comprende que el tradicionalismo no pusiera sus ojos en el modelo belga, acogedor del liberalismo. Más difícil le resulta explicarse la actitud de distanciamiento entre los católicos liberales, en lo que apunta como posibilidad el «reconocimiento de su debilidad congénita». El distanciamiento se solventaría durante los primeros años del nuevo siglo: para la clerecía más ávida de una aproximación a la cultura moderna, la «Escuela de Malinas» sería su referente. También el catolicismo social acudiría por estos años al modelo belga, y dicha influencia se prolongaría en los movimientos sindicalistas posteriores a la Guerra Civil española. Si el Vaticano II pareció abrigar esperanzas para las relaciones de ambos, el avanzado proceso secularizador de la sociedad española provocó la inflexión.

Tardío fue el «encuentro» contemporáneo entre *el catolicismo español y germano*, en lo que quizás, entre otras circunstancias, señala el autor, el idioma no ocupó un lugar secundario. También el predominio

protestante en el solar germano había sido razón suficientemente importante para el distanciamiento profiláctico del catolicismo hispano. No será hasta los años de la *Kulturkampf* que se renueven los contactos entre los dos pueblos católicos. Si el catolicismo liberal fijó sus ojos en el *Zentrum*, el sector más conservador se decantaría por el «sindicalismo cristiano». Apunta el profesor Cuenca como elemento aclimatador del éxito germano el escaso bagaje de ideología modernista, muy en consonancia con el clero hispano. Ya en el siglo XX, hacia la década de los veinte, la ascendencia germana sobre el catolicismo español comenzó a eclipsarse. Las relaciones entre ambos catolicismos no saldrían de este atolladero hasta los años del aperturismo europeo hacia España, años en que comenzó a penetrar la influencia germana entre la juventud clerical y la laica próxima a ésta; el gran vector conciliar acentuaría esta proximidad. Después de esta fase álgida los contactos volverían a relajarse, si bien, en el ámbito político, llegarían a jugar un papel trascendental, señala el autor, en los años de la transición democrática española.

Se pasa a abordar a continuación *el análisis del anticlericalismo*, «una de las fuerzas condicionantes de la dinámica de la España Contemporánea». Tema medular, en el que convergen otros muchos como coadyuvantes, de complicadas imbricaciones que para el autor no se resolverán mientras no avance la investigación por terrenos aún intransitados. Para él es claro que la persistente presencia de la Iglesia española en los diferentes ámbitos del acontecer del país sería uno de sus principales detonantes en nuestra historia contemporánea. No olvida el papel decisivo que supuso la creciente secularización decimonónica. Se acentúa cuanto de emotividad, «sentimiento», «visceralidad», hay en el fenómeno; de ahí, sostiene, que sea imposible su correcto conocimiento sin el concurso de otras disciplinas y un riguroso análisis en toda su amplitud cronológica. Se aborda el tema desde dos ámbitos, geográfico y sociológico. Si en el primero

de ellos se desgranar diferentes casuísticas en el desarrollo de la Iglesia institucional a lo largo de la geografía peninsular, en el sociológico, donde el autor posee especial maestría, se analizan diferentes colectivos y grupos sociales de la contemporaneidad española, su contribución y representatividad en el tema que nos ocupa. La prensa le sirve al profesor Cuenca para reflexionar acerca de esa sutil conexión, en momentos determinados de nuestra historia contemporánea, entre anticlericalismo popular, intelectual y político, este último ocasional y pragmático.

El último capítulo, enlazando con el anticlericalismo, lo dedica el autor a la orden religiosa quizá más vapuleada por éste, la Compañía de Jesús. A través de un estimulante recorrido memoriográfico nos transporta a la posguerra española. Etapa perfilada de la mano de una selección de escritores, no todos españoles, lo cual enriquece el valor de la comparación. A través de sus obras nos describe sus relaciones discentes con la Orden. Son distintos los tintes y matices, como distintos los autores, pero el profesor Cuenca ha sabido conjugar con maestría los textos, equilibrando así visiones quizá excesivamente monocordes.

Gloria Priego Demontiano
Universidad de Córdoba

MARTÍN, Luis P. (ed.)

Les francs-maçons dans la cité.

Les cultures politiques de la Franc-maçonnerie en Europe. XIX^e-XX^e siècle

Presses Universitaires. Rennes, 2000

La reciente reaparición en distintos países europeos de nuevos *affaires* masónicos, en los que la cuestión del secreto que rige las actividades de la institución constituye como siempre una de sus claves fundamentales, hace más necesario que nunca un estudio sereno y meticuloso de la

masonería, al margen de la polémica o la moda mediática y en el que lo anecdótico no se imponga al análisis científico. Éste es el propósito al que pretende servir este libro, coordinado por el catedrático de la Universidad Blaise Pascal (Clermont-Ferrand II) Luis P. Martín, uno de los principales especialistas españoles en la materia, quien ha sido capaz de reunir nueve excelentes trabajos sobre la masonería europea, con especial referencia a Francia y España, pero también a Italia, Bélgica y Portugal, es decir, los países de la Europa latina en los que la masonería ha estado marcada históricamente por su compromiso en el campo político.

El objetivo declarado de la obra es «romper las sombras del debate», clarificarlo y mostrar cómo y por qué un puñado de hombres y mujeres, poco numerosos pero escogidos, a la vista del mundo que les rodeaba, se decidieron a reflexionar sobre él y a tratar de transformarlo y mejorarlo. Para ello se plantea abordar las relaciones del masonismo con la política de un modo distinto al habitual, no sólo al margen de los tabúes a los que acabamos de aludir, sino también utilizando nuevas herramientas y métodos, propios de la nueva historia social y cultural. Se trataría de ver así a la masonería desde la perspectiva del hombre en la ciudad, como miembro de la polis, es decir, de colocar a los masones en el corazón de la ciudadanía. En este sentido, un recorrido por el universo masónico europeo desde la Revolución Francesa a nuestros días resulta especialmente revelador: caben pocas dudas de la existencia de unos fundamentos culturales masónicos forjados por conceptos comunes, orientaciones similares y valores idénticos, y de que si existe una cultura masónica, ésta se encuentra enraizada en la cultura europea desde el siglo XVII. Las variantes culturales, divergencias, contradicciones y divorcios, que conviven dentro de una misma tradición masónica, son también manifestación de la diversidad cultural de nuestro continente.

En este estudio de los masones en la ciudad, la atención se centra así en las «producciones culturales» masónicas que desvelan los comportamientos de los masones en cuanto ciudadanos, es decir, en el conjunto de prácticas y culturas de la política que, naciendo en un lugar de socialización —la logia— se proyectan en un haz de producciones políticas. Por supuesto, la actividad política del masonismo comprende un conjunto diverso de culturas y manifestaciones culturales de lo político: está hecha de contribuciones decisivas al edificio de la democracia, de la igualdad de los hombres y de la paz, pero también de ambiciones de poder y de luchas intestinas por conquistarlo. Los textos reunidos en el libro no agotan todos los temas desarrollados por la masonería, pero aborda los más importantes que conciernen a las culturas políticas de la Europa contemporánea desde las luces a la guerra fría, pasando revista a algunos de los combates fundadores de la democracia contemporánea: en particular, la construcción de las identidades nacionales, la defensa de la laicidad y la educación, la lucha por la abolición de la pena de muerte, la emancipación de las mujeres, o la difícil emergencia del pacifismo en la época de entreguerras.

Mariano Esteban de Vega

CATROGA, Fernando

O Céu da Memoria. Cemitério Romântico e Culto Cívico dos Mortos
Minerva. Coimbra, 1999

Fernando Catroga es, probablemente, uno de los historiadores más originales e interesantes dentro de la actual historiografía portuguesa. Reputado especialista en el liberalismo y republicanismo del siglo XIX, su obra —producto siempre de una lenta decantación conceptual y formal— se sitúa en un campo muy particular, situado a caballo entre la historia social, la historia cultural, la

historia de las ideas y de las mentalidades. Uno de sus centros de interés ha sido desde hace años el problema de la desacralización de la muerte emprendida por los medios laicos y librepensadores en el Portugal decimonónico, proceso que Catroga pone en relación con la extensión de los cultos cívicos y la construcción de la memoria liberal. *O Céu da Memoria* supone por ahora la culminación de estos trabajos, componiendo un conjunto de fascinante sutileza, en el que aparecen muchas resonancias de la mejor historia socio-cultural francesa (Philippe Ariès, Michel Vovelle, Jean-Hugues Déchaux, Pierre Nora, etc.), y donde se dan la mano pertinentemente la antropología cultural, la etnología y la historia de las mentalidades.

El objetivo del libro es, según el autor, aprehender el proceso que condujo a la «revolución romántica de los cementerios» en Portugal, desde que, a mediados del XVIII, se inicia la propaganda contra los enterramientos en las iglesias, y ya avanzado el siglo XIX los grupos laicos emprenden una prolongada campaña a favor de la secularización de los nuevos cementerios que se construyen fuera de las ciudades. Durante todo este período, las necrópolis se convierten en un campo simbólico, un espacio público, escenario de la reproducción litúrgica de una instancia juzgadora que, en cohabitación o como alternativa de la escatología judío-cristiana, se impone como un nuevo más allá: la memoria de los individuos y de los grupos.

En los cementerios ochocentistas, la necesidad existencial de negar la muerte —en su traducción romántica de una nueva afectividad que enfatiza la dramatización de la pérdida—, así como el creciente funcionamiento de la memoria como instancia sustitutoria de la inmortalidad, dieron origen a una nueva escenografía del culto a los muertos: la sepultura se convierte en sucesora y sucedánea de la casa familiar y en centro privilegiado de identificación y reproducción de los lazos de parentesco entre las sucesivas generaciones de la familia.

Se lleva así hasta las últimas consecuencias un deseo de supervivencia individualizada que, aunque ya presente en la tradición judío-cristiana, sólo se consolida definitivamente cuando es la ley (al exigir sepulturas individualizadas) y los propios valores fundantes de la nueva sociedad los que lo propician, con la promesa de que todos podían, finalmente, aspirar a la inmortalización en la memoria colectiva.

Esta mayor valoración de la memoria tiene lugar dentro de una visión del mundo que seguía siendo predominantemente religiosa. Basta considerar las prerrogativas que la Iglesia continuó teniendo en las nuevas necrópolis, y la escasísima extensión de los enterramientos civiles, para confirmar, en el caso portugués, la continuidad de la sobre-determinación religiosa del nuevo culto cementerial de los muertos. Sin embargo, los nuevos tiempos fueron alterando el modo como el hombre concebía sus relaciones con el espacio y con el tiempo, condujeron a una visión más secularizada del mundo, más polarizada en los deseos de afirmación del individuo y de sus esperanzas terrenales, y provocaron inevitables cambios en sus ideas y actitudes en relación con la muerte. La memoria, entendida como un segundo más allá inmortalizador, se fue imponiendo en coexistencia o en sincretismo con la creencia en la resurrección final, desempeñando un análogo papel terapéutico al de las escatologías trascendentes. La necrópolis romántica era, en este sentido, una creación cultural típica de una «sociedad-memoria», es decir, de una sociedad que buscaba en el pasado la legitimación (o la crítica) del presente.

Sin embargo, los cementerios fueron también lugares por excelencia de reproducción simbólica del universo social, y el nuevo culto a los muertos, de base en principio familiar, estuvo igualmente animado por el propósito de reforzar la perennidad de la polis. En este sentido, las necrópolis, como las ciudades de los vivos, acabaron mostrando una flagrante desigualdad en el acceso efectivo a las condiciones

semióticas necesarias para la construcción y duración de la memoria. En los cementerios del XIX, el mausoleo, la capilla, la concesión perpetua de la sepultura, constituyeron un patrimonio privado y transmisible como cualquier otro, que funcionaba como una especie de prueba última según la cual la eternización de la memoria del propietario dependía de la capacidad que sus descendientes mostrasen para perpetuarla. El culto a los muertos no aspiraría sólo entonces a salvar el alma o garantizar la memoria del evocado, sino también a ratificar y sacralizar las posiciones históricas y sociales de los evocadores.

En realidad, según pone de relieve Fernando Catroga, el siglo XIX fue el «siglo del culto a los muertos» porque fue también el «siglo de la Historia», es decir, del historicismo y del apogeo de las ideologías de la memoria. No sólo los individuos y las familias, sino también las nuevas asociaciones y los Estados-nación necesitaron reinventar sus raíces históricas y, a partir de una relectura del pasado, legitimar su presente y sus sueños de futuro. Por eso, esta fue también la época en la que se asistió a la objetivación del concepto de «memoria colectiva». A partir, en este caso, de la evocación de antepasados-fundadores, se procuró escribir una historia evolutiva y continua para las familias, para los grupos, para las asociaciones, para las clases, para la nación y hasta para la humanidad, siempre arrancando del «origen» o del momento paradigmático, con el fin de acelerar la llegada del futuro.

Esta preocupación explica que, en las últimas décadas del XIX, los medios más interesados en la mediación pedagógica del nuevo culto a los muertos pusieran los ojos tanto en lo que la Revolución Francesa enseñó sobre educación, especialmente en el terreno de las fiestas cívicas y de los nuevos cultos (incluyendo el culto panteónico) como en la posterior lectura que Comte y sus discípulos hicieron de estas prácticas, presentando los ritos cívicos como sucesores de los de base religiosa. La convicción

de esta necesidad alcanzó a algunos liberales de izquierda y, sobre todo, a muchos republicanos, socialistas y libre-pensadores. Estos sectores agnósticos y materialistas, con rarísimas excepciones, no sólo no contestaron el valor pedagógico del culto a los muertos y la estructura formal de sus ritos, sino que enfatizaron la función social, educativa y cívica de estas prácticas, limitándose a descristianizarlas y a darles un significado de homenaje y de celebración conmemorativa.

Las conmemoraciones, particularmente las centenarias, fueron igualmente espectáculos litúrgicos que, por el tipo de espacio que ocupaban, indicaron inequívocamente que la propia ciudad romántica se fue revistiendo de significaciones tanatológicas. En este sentido, Catroga subraya la existencia de un claro parentesco entre los enterramientos y las ceremonias funerarias, por un lado, y los cortejos cívicos de conmemoración o de panteonización, por otro. Si todos los ritos consagradores y evocativos procuraban interiorizar un imaginario en el horizonte del cual el pasado sería preanuncio del sentido inexorable del futuro, en las grandes conmemoraciones lo que se advierte es el propósito de construir una unificante memoria nacional, tarea que el propio Estado-nación tendió a generar y promover.

En definitiva, la artificialidad de estas regresiones paradigmáticas sería mayor cuanto más frágil y amenazada se sintiese la unidad del grupo. Por ello, también los sectores sociales e ideológicos más marginalizados se empeñaron en su fomento: para los trabajadores, el recuerdo de sus mártires surgió ligado a los esfuerzos de las vanguardias por «inventar», a través de una «contra-memoria», la identidad de clase. Así se pondría de manifiesto especialmente en la conmemoración del Primero de Mayo, cuya vinculación con el culto cívico a los muertos estaría marcada no sólo por su origen, sino por el propio sentido del ceremonial que lo objetivaba.

Mariano Esteban de Vega

NARBAYEV, Nazym B.

Russia and Eurasia: the Problem of the State Systems. Second Half of the Nineteenth-Early Twentieth Century
Nauka. Moscú, 1999

El interés suscitado en Europa Occidental por la historia de la Revolución Rusa y del período comunista en la Unión Soviética, aspectos que han generado multitud de publicaciones en los ámbitos académico y divulgativo, parecía oscurecer la labor de un importante sector de los investigadores rusos por la historia de su país en el siglo XIX.

Así, el trabajo constante y riguroso de historiadores de la talla de Narbayev nos mantiene en contacto con una de las líneas más fructíferas de la historiografía rusa, preocupada en este caso por explicar la consolidación del estado zarista en Eurasia durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del XX. El libro conjuga el análisis de los teóricos «euroasiáticos» y su influencia en la práctica política decimonónica. A este respecto, el autor estudia con detalle las obras de N. S. Trubetskoy, P. N. Savitsky o V. P. Nikitin, entre otros, así como las relaciones de éstos con los órganos de decisión política imperial en la elaboración de una estructura estatal que mejor se acomodara a la realidad socioeconómica y a las tradiciones políticas de la región central euroasiática (el oeste siberiano, Turkestán, y Orenburg).

Por otra parte, la monografía profundiza en el funcionamiento y limitaciones de las instituciones imperiales que más contribuyeron a conformar la organización del Estado ruso en esos territorios orientales. La posición de Alejandro II, Alejandro III y Nicolás II ante la necesidad de forjar ese sistema político-administrativo, y las relaciones de éstos con el Consejo de Estado y con el Senado son profusamente tratadas con un enorme conocimiento de causa. En efecto, Narbayev no hace una mera interpretación general sino que fundamenta su tesis en una abrumadora labor de archivo

en la que rescata multitud de fuentes, la mayor parte inéditas hasta el momento (desde materiales de los archivos estatales rusos y kazakos hasta los hallados en Estados Unidos o Francia).

Sin duda, la parte más interesante de la obra corresponde al pormenorizado estudio de la actitud que mostraron los zares ante la extensión del modelo estatal ruso a las zonas euroasiáticas puesto que, dado el grado de centralización de decisiones y de acumulación de poder en sus manos, sus pronunciamientos al respecto y las reacciones de las instituciones políticas imperiales constituyeron el eje vertebrador de la política a seguir. El gran acierto de Narbayev es poner en evidencia cómo el pensamiento de los diferentes zares sobre estas cuestiones básicas para la pervivencia del Imperio no fue tan cerrado como hasta ahora afirmaba una parte de la historiografía, sino que constata el interés de los zares por conocer y tomar contacto con las autoridades delegadas y los representantes locales con el fin de ajustar el modelo ruso a las tradiciones locales en previsión de evitar conflictos. A partir de esta actitud de apertura hacia los problemas reales de los territorios euroasiáticos, las altas instituciones político-administrativas del Imperio multiplicaron a su vez las relaciones con los poderes locales con el fin de regular asuntos administrativos, judiciales o educativos, entre otros, tratando de llegar a acuerdos que evitaran imposiciones, salvo en casos extremos.

Gracias a las fuentes de primera mano utilizadas, por tanto, el autor nos hace reflexionar acerca de las ideas preconcebidas sobre la absoluta intransigencia e inmovilidad de la política zarista decimonónica; tendencia que debe matizarse profundamente a tenor de la revisión que sobre el período nos ofrece esta obra. Sólo nos queda esperar que por su calidad e interés el libro sea traducido pronto al español.

Ricardo Martín de la Guardia
Universidad de Valladolid

**ESTEBAN DE VEGA, Mariano
y MORALES MOYA, Antonio (eds.)**

Los fines de siglo en España y Portugal.

II Encuentro de Historia Comparada

Universidad. Jaén, 1999

Este libro constituye un buen ejemplo de los grandes avances que, en los últimos años, se han registrado en las relaciones entre la historiografía portuguesa y la española. Tal y como ya sucedía en Portugal desde hacía tiempo, la Historia del vecino ibérico atrae hoy en España a un número creciente de historiadores, que —como señalan los editores en su introducción— la incorporan a sus clases, la utilizan como referencia comparativa e incluso empiezan a hacerla objeto de su propia investigación. La red de relaciones que se ha ido estableciendo entre los historiadores de ambos países, hecha de muchos proyectos científicos conjuntos y, por supuesto, también de contactos personales, empieza a ser ya muy densa, lo que ha posibilitado incluso la celebración de algún Congreso ibérico de envergadura verdaderamente insólita.

Una de las contribuciones más significativas a esta creciente sintonía historiográfica la ha venido realizando, desde la pasada década, un grupo de historiadores de las Universidades de Coimbra y Salamanca, primero bajo la tutela del profesor Ángel Marcos de Dios, catedrático de Filología Portuguesa en Salamanca, y a continuación bajo el impulso de los profesores Luís Reis Torgal y Antonio Morales Moya. Fruto de esta colaboración fue el excelente volumen «História, Memória e Nação» (*Revista de História das Ideias* nº 18, 1997), y lo es ahora este libro «Los fines de siglo en España y Portugal», que tiene su origen en un Coloquio celebrado anteriormente en Salamanca.

El libro recoge —en una muy cuidada edición— dieciséis trabajos, elaborados en su mayoría por profesores de Salamanca y de Coimbra, que toman como referencia el doble eje de los dos últimos fines de siglo para abordar diversas cuestiones en las que resulta especialmente aconsejable una

perspectiva comparada: el iberismo, la extensión de las ideas de crisis y decadencia a finales del siglo XIX, la incidencia de determinadas formas culturales nacidas en el fin de siglo dentro de la historia cultural y política del siglo XX, los procesos de industrialización, la toma de conciencia de la condición obrera, la preocupación portuguesa por el «problema de España» y la recepción en España de los problemas de la educación portuguesa, en fin, el tránsito a la democracia en el último fin de siglo.

La obra permite, en conjunto, disponer de un estado de la cuestión bastante exhaustivo de las investigaciones desarrolladas en los dos países en torno a muchos de los más importantes aspectos de su realidad histórica en la época contemporánea. Sin duda, resulta todavía difícil alcanzar una verdadera Historia Comparada de España y Portugal, pues no siempre existe una completa homogeneidad en los objetos de trabajo y en las perspectivas metodológicas elegidas. No obstante, gracias a obras como ésta, empiezan a dibujarse una serie de líneas y factores de convergencia y diferenciación que pueden permitir, ahora ya a corto plazo, un estricto análisis comparado.

Manuel Redero San Román

BOSWELL, Laird

Rural Communism in France, 1920-1939
Cornell University Press. Ithaca y Londres, 1998

Este libro aborda una de las contradicciones o paradojas más llamativas con las que se ha encontrado el estudio de las bases sociales de apoyo y de la fuerza electoral del comunismo. En distintos países los partidos comunistas han conseguido implantarse muy sólidamente entre la población rural. Ése es el caso, por citar algunos de los ejemplos paradigmáticos, de Francia, Portugal, Italia, Finlandia, China o Vietnam. Pero entre ellos, el caso francés ha

sido uno de los que ha atraído mayor atención académica. Quizás sea en este caso en el que la naturaleza paradójica del fenómeno aparece de modo más nítido. El objetivo de la investigación de Laird Boswell es explicar por qué el Partido Comunista Francés (PCF) consiguió enraizarse entre una población rural tradicionalmente caracterizada por su conservadurismo; cómo el partido obrero por antonomasia consiguió el apoyo de campesinos, trabajadores del campo, pequeños propietarios agrícolas, artesanos, etc.; por qué un partido favorable a la colectivización y solidario con las políticas que en ese sentido se llevaban a cabo en la Unión Soviética conseguía contar, sobre todo, con el apoyo incondicional de pequeños propietarios rurales; y cómo esa penetración en ciertas áreas de Francia se producía sin poder contar para ello con las redes de poder ligadas a la Administración y al Gobierno.

Boswell limita su estudio temporalmente al período de entreguerras, desde la fundación del partido comunista hasta 1939, y geográficamente a las regiones de Limousin y Dordogne. Ambas restricciones se encuentran bien justificadas. Por un lado, observar los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial permite subrayar que, contrariamente a lo mantenido por mucha de la literatura especializada, el comunismo rural francés no es un fenómeno que deba su explicación a la labor de los comunistas en la Resistencia y cuyo desarrollo ocurra en los años cuarenta y cincuenta. Si bien esto es cierto para algunos departamentos franceses, la fuerte presencia comunista en ciertas regiones precede a esos acontecimientos. Éste es el caso de Limousin y Dordogne donde el PCF tenía un respaldo importante antes de la Segunda Guerra Mundial y donde lo sigue teniendo aún hoy (de hecho algunos departamentos de esas regiones agrícolas y relativamente atrasadas se encuentran entre los que regularmente, elección tras elección, han arrojado un mejor resultado para el PCF). Boswell emplea una combinación de técnicas de investigación

que resulta pertinente y cuyo resultado es satisfactorio. Además de realizar un extensivo trabajo de consulta de archivos, llevó a cabo una treintena de entrevistas con viejos militantes del PCF supervivientes del período objeto de estudio. A esto se añade un análisis cuantitativo que pone en relación características sociales, económicas y políticas (resultados electorales) de los departamentos analizados.

El libro contradice algunas de las interpretaciones «clásicas» que intentan explicar la presencia comunista en ciertas regiones francesas. Así rebate que esto tenga relación con la existencia de una tradición izquierdista secular en algunas zonas del país. Boswell muestra cómo los comunistas y los socialistas no heredan una tradición de apoyo sino que, en realidad, fundan una nueva tradición electoral que en el caso comunista en Limousin y Dordogne se caracteriza por una gran estabilidad y continuidad. Esto es, el PCF estableció algunas localidades como auténticos bastiones electorales pero no se extendió más allá de éstas ni sufrió debilitamientos traumáticos en dichos lugares. Tampoco el éxito del PCF puede explicarse fácilmente como un traspaso de fe desde el catolicismo al comunismo. Como Boswell muestra, Dordogne y Limousin son zonas en las que, precisamente, la Iglesia nunca se estableció con fuerza, la religiosidad era baja y existían sentimientos anticlericales y anti-religiosos endémicos. En cambio, la explicación del autor se basa en que el comunismo suponía una respuesta óptima a los deseos no satisfechos de reforma política y social de los habitantes de unas zonas sometidas a la crisis de su principal sector económico, el agrícola, lo que acarreaba a su vez una profunda crisis de identidad. El PCF se beneficiaba de la desconfianza hacia el Estado, que nacía de la inactividad de éste ante las crisis y transformaciones que vivían los agricultores. De este modo, durante la década de los años veinte y treinta, los habitantes de esas regiones percibieron que los comunistas eran los que mejor representaban

su actitud defensiva desde el punto de vista económico (defensa y protección de la pequeña propiedad ante el cambio y la desestabilización que experimentaban los pequeños agricultores). A esto se debe unir otra circunstancia capital que es la capacidad del PCF para revitalizar redes de sociabilidad mediante la actividad social, cultural y política de sus organizaciones de base. Estas circunstancias se traducían en el apoyo a un cambio político y social, representado por el PCF, que garantizaba, en la visión de los agricultores, la supervivencia de una economía y un mundo rural protegidos. Desde otro punto de vista, los militantes comunistas en estas zonas (políticamente periféricas también para el PCF) disfrutaban de una considerable independencia frente a la organización central de París y esto fue clave en la modulación de su discurso a fin de hacerlo aceptable en el mundo rural.

Por último, cabe mencionar que sería especialmente interesante profundizar en el estudio comparativo de la implantación comunista en las áreas rurales; algo que, comprensiblemente, Boswell sólo apunta brevemente en las páginas finales del libro. En resumen, se puede afirmar que este libro supone una muy valiosa contribución y una renovada interpretación sobre cómo y por qué el PCF consigue implantarse sólidamente en ciertas áreas rurales del país, a priori escasamente propicias, poco tiempo después de su creación.

Luis Ramiro Fernández
European University Institute

DENÉCHÈRE, Yves

La politique espagnole de la France de 1931 à 1936. Une pratique française de rapports inégaux
L'Harmattan. Paris, 1999

Aunque el estudio de las relaciones franco-españolas en el período de la Guerra

Civil ha sido abordado ya en varias ocasiones, carecíamos hasta ahora de un análisis de este tema referido a los años de la II República. Este libro, basado en una tesis doctoral leída recientemente e inscrito dentro de los programas de investigación del HIRRES de la Universidad de Angers, viene a llenar esa laguna, armado de un verdadero arsenal de fuentes inéditas, especialmente francesas y procedentes sobre todo de los Archivos Diplomáticos de Nantes.

Siguiendo una opción metodológica en la que el estudio de las relaciones internacionales trasciende el estrecho marco de la historia política y diplomática e incluye también aspectos comerciales y financieros, sociales, culturales, etc., el autor se plantea el estudio del lugar de España en la política exterior francesa dentro de la preocupación, tradicional en la historiografía francesa desde Jean-Baptiste Duroselle, por el problema de la decadencia internacional de Francia en los años 30. Se trataría así de comprender cómo Francia, considerada aún como una gran potencia, afronta sus relaciones con un país vecino considerado como débil, en un «ejemplo europeo de relaciones desiguales».

Las conclusiones del profesor Denéchère apuntan a la coexistencia en Francia durante este período de diferentes concepciones de la política española. A un lado estaría la de Jean Herbet, embajador en España durante la mayoría de estos años, partidaria de aprovechar la instalación en España de un régimen republicano para alcanzar una verdadera «simbiosis» franco-española, que reforzase a Francia frente a las amenazas en su frontera oriental y consolidase el sistema democrático en España. A otro, la del Quai d'Orsay y los dirigentes políticos franceses, para quienes España no constituía más que una cuestión marginal con relación al problema que movilizaba todas sus energías —que era naturalmente Alemania—; en principio, las únicas cuestiones españolas que interesaban a la diplomacia francesa eran las comerciales y las de Marruecos. La tercera concepción

de la política española era, precisamente, la de los representantes franceses en Marruecos: durante los años republicanos éstos no dejaron de insistir en la mala voluntad española, en las carencias de un país incapaz de asegurar el desarrollo de su zona, así como en su laxitud ante el desarrollo del nacionalismo árabe.

De hecho, la política desarrollada por Francia en relación con España —muy influida por la negativa imagen que los españoles tenían en Francia: un régimen inestable, una economía subdesarrollada, un pueblo de reacciones irracionales...— se vio marcada por la suficiencia y las actitudes desdeñosas. La política española, según el autor, aparece como una especie de reacción a la decadencia de la posición internacional de Francia. La dimensión bilateral se impone incontestablemente sobre la multinacional y Francia afronta sus relaciones bilaterales con España en términos de relaciones de fuerza. A fin de imponer mejor sus puntos de vista, la diplomacia francesa separa cada una de las grandes cuestiones bilaterales y las aborda aisladamente, evitando así cualquier concesión. Este cálculo le permite mantener posiciones ya adquiridas en la Península o en Marruecos, pero produce una enorme susceptibilidad en la parte española y provoca, de rebote, un incremento de la presencia inglesa y, sobre todo alemana, en la España de la época.

Así pues, frente a lo que a veces se ha sostenido, en relación sobre todo con el viaje del primer ministro Herriot a Madrid en noviembre de 1932, Francia nunca pretendió establecer una alianza con la España republicana e incluso se mostró incapaz de extraer algún beneficio —salvo en el plano cultural— de la implantación en España de un régimen republicano. Del mismo modo, la decisión francesa del verano de 1936 de no intervenir en la Guerra Civil española debe interpretarse subordinada, como durante todo el período, a los asuntos europeos, es decir, en función de las actitudes de otras potencias, de la situación

interior de Francia y de su opinión pública en un momento muy determinado que escapaba completamente al contexto de la política española de Francia.

Mariano Esteban de Vega

AYMES, Jean-René y SALAÜN, Serge (eds.)

Être espagnol

Presses de la Sorbonne Nouvelle. Paris, 2000

El presente volumen constituye uno de los primeros frutos del trabajo colectivo que, desde hace pocos años, viene desarrollando el CREC (Centre de Recherche sur l'Espagne Contemporaine), sin duda uno de los «Équipes d'Accueil» más activos y de mayor relieve en el actual panorama del hispanismo francés. Este grupo de investigación, codirigido por los profesores Jean-René Aymes y Serge Salaün en la Universidad de París III, y constituido por investigadores de ésta y otras universidades francesas, ha emprendido una original reflexión acerca de la identidad española, que hace especial hincapié en los resultados de los procesos de asimilación, adaptación, imitación y rechazo de los modelos culturales extranjeros. El interés de un trabajo de este tipo reside tanto en el carácter verdaderamente colectivo del mismo, como en la diversidad pluridisciplinar de las preocupaciones y metodologías de los miembros del grupo (historiadores, «civilizacionistas», expertos en crítica literaria o historia del arte), y en la amplitud del período histórico cubierto, desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

El libro comprende doce trabajos, agrupados en tres grandes apartados cronológicos («Del Antiguo Régimen a la modernidad», «Modelos europeos vs. Modelos españoles (XIX-XX)» y «Franquismo e identidad nacional»), que versan sobre cuestiones en principio tan heterogéneas como,

por ejemplo, el bolero, el federalismo, la masonería, la visión de Unamuno sobre la «fiesta nacional» o la representación popular de los gitanos. Constituye, sin embargo, un mérito muy destacable del libro haber conseguido trabar toda esta temática en una común reflexión sobre el «ser español» desde una doble perspectiva analítica: de una parte, el estudio de la identidad nacional en la intersección de lo cultural y de lo político; de otra, la atención a lo que sucede más allá de los Pirineos, en Francia particularmente, pues —como subrayan los coordinadores del libro— para reconocerse a sí mismo lo español ha tenido siempre necesidad de reflejarse en espejos exteriores y la referencia al «extranjero» —en forma de asimilación o de rechazo— es constante a lo largo de toda la época contemporánea.

Tal y como ponen de manifiesto Aymes y Salaün en la excelente introducción, «Los españoles ante el espejo», que precede al conjunto de los trabajos, de esta reflexión colectiva emerge un «ser español» problemático, múltiple, siempre en trance de constituirse, siempre apoyado en realidades tan indiscutibles como discutidas, realidades cuyo grado de verdad o falsedad no reside exclusivamente en su materialidad o la práctica que se hace de ella, sino también en el discurso y la intención ideológica que preside su elaboración. En ese sentido, la «conciencia española» se caracterizaría por una extraña solidez, pero cuyos aspectos contradictorios serían también, paradójicamente, no menos sólidos.

La articulación entre Estado, Nación y Región vertebraría, según los autores, lo esencial de los discursos identitarios españoles, encontrándose prácticamente en todos los niveles, de la exposición doctrinal y política sobre la naturaleza de España a las prácticas culturales más cotidianas. A diferencia de Francia, España no dejaría de tropezar con las relaciones entre las regiones y la o las naciones que cohabitan en la Península. El «ser español» sería algo parecido a un entrelazado de raíces (el país, la región, la provincia, el lugar de nacimiento

—la patria chica— o la ciudad) cuya jerarquía es infinitamente móvil según los individuos, los grupos, los períodos y las necesidades de toda clase.

Otra de las constantes del discurso identitario español reposaría en la afirmación de un «alma», un «genio» o una «naturaleza» española, cuya búsqueda y caracterización está ya presente en las guerras franco-españolas de la época revolucionaria y napoleónica y se despliega con toda intensidad durante el romanticismo, pero reaparece también, de manera exacerbada incluso, durante el franquismo. En este sentido, si el discurso del conservadurismo tiene una presencia y un vigor indiscutible, el de las elites representativas de la modernidad o del progreso, obligadas a oponerse a una escritura convencional y esclerotizada de la historia nacional, sería mucho más dubitativo y débil.

En el fondo, el cuestionamiento o la formulación del «ser español» serían una expresión de los conflictos entre tradición y aspiraciones a la modernidad. Este «ser» tenía que ser, pues, necesariamente contrastado, contradictorio, a la medida de las armas y razones esgrimidas por las fuerzas en presencia. La especificidad española aparecería quizá en la violencia de estas fuerzas, en un país en el que tanto las tensiones entre Estado y regiones como los conflictos de orden moral, civil y religioso han tenido un peso muy considerable. Ello habría sido, desde luego, fuente de fecundidad en el dominio cultural, pero también de violencia en lo social y en lo político. Más aún: este estado de cosas explicaría cómo todas las prácticas y comportamientos culturales, privados o colectivos, en España, están indisolublemente ligados a lo político, y cómo todo objeto, todo arquetipo humano o social, toda práctica, toda manifestación, toda moda e incluso todo fenómeno lingüístico —como los que aquí se estudian— pueden acceder al rango de emblemático o simbólico, o al menos convertirse en espacio de rivalidad política.

Mariano Esteban de Vega

SHUBERT, Adrian

*Death and Money in the Afternoon:
A History of the Spanish Bullfight*

Oxford University Press. New York, 1999

Escribir, y más cuando se hace desde fuera de España, sobre la fiesta de los toros es un campo minado. El tópico común y la suspicacia local hacia el tipismo foráneo acechan. Cuando se puso a hacer este libro, aún por traducir al castellano, con el apoyo de una prestigiosa beca Guggenheim, Adrian Shubert, hispanista catedrático de Historia de la Universidad de York (Canadá), era consciente de estos peligros. Sin embargo, incluso ante el escepticismo inicial de muchos de sus colegas, tanto aquí como en Norteamérica, el resultado es asombroso, y por muchas razones. Citaré tres de las más notables.

En primer lugar, no es fácil encontrar en un tema tan plagado de mala literatura (disfrazada de crítica literaria, antropología, sociología o simple crónica) material bibliográfico que ofrezca garantías de calidad. En su inmensa mayoría, los libros al uso normalmente o se trata de ciclópeas enciclopedias o son obritas de rápida ejecución que sólo proporcionan datos muy aislados y de discutible valor. En segundo lugar, al enfrentarse con el objeto de estudio, hay que tener la clarividencia necesaria para romper con muchos mitos e hitos ahistóricos muy arraigados que se empeñan en presentar, erróneamente, una relación prácticamente eterna y hasta inmutable de los españoles con el espectáculo taurino como si la llamada «fiesta nacional» fuese anterior a la nación misma. La última razón reside en la vivacidad, diversidad y originalidad en el tratamiento del tema que resulta al final muy sugerente para cualquier tipo de público culto. Esto contrasta con el escaso repertorio en los temas que suele abordar la historiografía española, siempre tan obsesionada con las grandes disciplinas (empezando por la Historia Política y la Económica) y tan poco con la experiencia y los anhelos cotidianos de la gente. Con estos

planteamientos, no es de extrañar que nuestros libros sean a menudo tan áridos (ahí está la inefable persistencia del formato tesis) como poco leídos fuera del ámbito del especialista.

Apoyándose en una gran variedad de fuentes, muchas de ellas inéditas, Adrian Shubert sostiene que los toros, lejos de ser un espectáculo arcaizante, un ancla en el atraso de la España eterna, son por el contrario el primer espectáculo de masas moderno, y muy exitoso por cierto, con todos los atributos básicos que luego van a definir otros deportes (fútbol, béisbol, baloncesto, etc.) en el mundo del siglo xx. A partir de este hecho, el autor muestra las distintas relaciones y debates (políticos, de género, económicas, empresariales, de trabajo, morales, legales, etc.) que se establecieron en el período formativo de la fiesta taurina: desde mediados del siglo pasado hasta principios del presente. Tanto el toro como el torero (y la torera), su cuadrilla, el empresario o las masas, y sin olvidar al propio Estado, van apareciendo en escena y, no sin contradicciones y cambios importantes, estableciendo sus papeles de acuerdo con los intereses que representan hasta cristalizar en lo que hoy conocemos como «fiesta nacional». Ésta es también producto de un proceso, valga la redundancia, de nacionalización; lo que no es sino su extensión paulatina por todo el país hasta convertirse en tradición aun en los lugares más ajenos a su nacimiento.

Al hacer esta historia social el autor ha devuelto el tema de los toros a donde pertenece en primer lugar, al espacio de lo cotidiano y lo mutable, que proyecta (y a su vez, aunque menos, influye) el desarrollo de la sociedad española de los dos últimos siglos. Éste, como Adrian Shubert no se ha cansado de demostrar en varios trabajos anteriores, y en especial en su *Historia Social de la España Contemporánea*, no fue particularmente distinto del resto de la Europa Occidental, aunque evidentemente otra cosa es que tuviese sus propios elementos de diversidad. Es de celebrar que

también en esta ocasión hace el autor una apuesta por la historia de la gente frente a la de las instituciones, las grandes doctrinas y otros macroprocesos; tan útiles para construir brillantes entramados ideales de cómo funcionaba el pasado pero tan pobres para describir la vida de nuestros antepasados.

Si hay una crítica que hacer a este trabajo es que muchas veces se queda corto, que podría haberse extendido más tanto en el análisis de los temas como temporalmente. Pero también es cierto que este libro no es ni lo pretende «la Historia» de los toros sino una historia, de las posibles, de la formación del espectáculo y que, en todo, caso, el limitado número de páginas, al menos para lo que se estila por aquí, sólo crea más curiosidad sobre lo que este autor u otros puedan seguir haciendo al respecto. Pero el listón ha quedado bastante alto.

Antonio Cazorla
Universidad Complutense

RISQUES, Manel (dir.), DUARTE, Àngel, RIQUER, Borja de, y ROIG ROSICH, Josep M.

Història de la Catalunya Contemporània
Pòrtic-Biblioteca Universitària. Barcelona, 1999

Si algún déficit tenía planteada hoy en día la bibliografía correspondiente a la Historia Contemporánea de Cataluña era la falta de un manual de estas características, que —a medio camino de la gran obra erudita y de las monografías parciales— aportase la información suficiente como para ser considerado un manual de nivel universitario. Éste era el objetivo que se plantearon los cuatro coautores de la obra que nos ocupa, en una inhabitual colaboración de reconocidos especialistas adscritos cada uno a una diferente universidad catalana. Y para desvanecer cualquier duda al respecto, de buen

principio ya hay que poner de manifiesto que su objetivo se ha logrado con creces. Con su publicación se pone a disposición de los lectores un conseguido manual, redondo por lo que respecta a la capacidad de síntesis, a la homogeneidad en los criterios interpretativos —hay que tener en cuenta que se trata de una obra colectiva— y a la interdisciplinariedad en todos los ámbitos que en sus páginas son tratados.

A su vez, tal como apunta el director-coordinador de la obra Manel Risques, profesor de la Universitat de Barcelona, es esta «Història de la Catalunya Contemporània» un vehículo que quiere acercar su contenido también a un público no necesariamente profesional de la materia tratada, un público culto e interesado por los temas de su tiempo que encontrará en la mayor presencia en la obra de capítulos referentes al siglo xx respuesta a sus necesidades intelectuales al respecto. El interés de la obra sólo puede quedar lastrado por el necesario espíritu de concreción que ha de presidir una obra de este tipo, hecho que motiva que determinados aspectos se den por supuestos y en otros casos, por las obvias necesidades de espacio, no sean tratados con la suficiente profundidad que una cierta franja de lectores hubiera agradecido.

Tal como se ha dicho, la obra responde a una apuesta por conseguir un producto intermedio entre las grandes obras en varios volúmenes, con sus correspondientes a la historia contemporánea de Cataluña, y las monografías al uso. Entre las primeras hay que tener en cuenta a la ya clásica *Història de Catalunya* en ocho volúmenes dirigida por Pierre Vilar y publicada entre 1987 y 1990 —que se encuentra actualmente en proceso de reedición en formato de bolsillo—, y la más reciente *Història, política, societat i cultura dels Països Catalans* en doce volúmenes y publicada a partir de 1995, dirigida por uno de los coautores, Borja de Riquer y de la cual el mismo Manel Risques fue su director en el apartado de ilustraciones. A partir de aquí se producía un auténtico vacío, tanto en

cantidad como en calidad, que ahora queda subsanado a partir de una obra que nace de la coincidencia historiográfica que tienen sobre el período objeto de estudio sus cuatro artífices. Nexo común que no se ha querido imponer en el apartado estilístico, tal como precisa su director en la presentación, dejando un amplio margen de maniobra a cada autor en sus respectivos capítulos; libertad ésta que no hace en ningún caso del manual una suma de artículos, ya que toda ella presenta —peculiaridades estilísticas aparte— una notable homogeneidad. En ésta es sobre todo de agradecer las menciones a las aportaciones historiográficas que son recogidas en sus análisis, así como en la voluntad de ser una historia plenamente actualizada, al compás de las últimas publicaciones y aportaciones en el plano de la investigación y teorización, tal como se puede apreciar a lo largo de sus capítulos. A su vez, es ésta una historia de Cataluña en el sentido estricto de la palabra. Es decir, no cae en la habitual trampa de hacer una historia «barcelonina» que luego se extrapola al resto del país. Es también una historia de Cataluña abierta, en el sentido de imbricarla en todo momento en el contexto español —sería por otra parte un notable déficit no hacerlo— e incluso en el contexto internacional, especialmente en las acertadas y sintéticas introducciones que preceden cada una de las seis partes en que se divide.

Las dos primeras están escritas por Manel Risques, y en sus ocho capítulos se analiza la evolución de la sociedad catalana desde el final del ochocientos hasta el Sexenio Democrático. Especialista en el siglo xix y reciente miembro del comisariado de la exposición «1939, Barcelona any zero. Història gràfica de l'ocupació de la ciutat», que con notable éxito de público se ha exhibido en el Museu d'Història de la Ciutat, Risques es un especialista en temas de orden público y su articulación en el proceso de construcción del estado burgués, tal como demostró en su monografía *El govern*

civil de Barcelona al segle XIX (Barcelona, 1995).

La primera parte, «La crisi sorgir de l'Antic Règim i el sorgiment de les formes burgeses: del final del segle XVIII al 1833», se inicia con un análisis de la situación de la Cataluña de finales del ochocientos, donde no se dejan al margen ni la demografía ni la economía, como tampoco los aspectos ideológicos; para entroncarse inmediatamente en la historia decimonónica con la Guerra del Francés (la Guerra de la Independencia para la historiografía catalana) y la inmediata y posterior reacción absolutista contra un liberalismo emergente en un contexto de decadencia y crisis del régimen.

En la segunda parte, «Liberalisme, industrialització i pràctiques subalternes, 1833-1874», se pone de relieve el proceso de estructuración de la sociedad liberal burguesa en Cataluña con sus dependencias, luchas entre facciones y limitaciones respecto al modelo de revolución que se estaba imponiendo en España, con la subsiguiente subordinación de intereses e iniciativas. Todo en el contexto de conversión de Cataluña en «la fábrica de España» (en 1860 representaba el 60% del total de la producción industrial española), que traía aparejado el nacimiento y expansión de unas cada vez más combativas clases subalternas. Es en este apartado donde hay que considerar que el autor hace su aportación más novedosa, producto de su conocimiento del tema, al hilvanar un relato del modelo de revolución liberal triunfante, el moderado, matizado en todo momento por una preocupación obsesiva como era el tema de la conservación del orden público, verdadera varita mágica que abrió las puertas al intervencionismo militar en este ámbito en aras de sacralizar la defensa de la propiedad privada y de poner coto a unas movilizaciones populares que, como las «bullangues» o la misma fuerza del movimiento republicano, llegaron a ser una amenaza al nuevo orden burgués. A partir de aquí emana el grado de

militarización extremo en que vivió Cataluña a lo largo del siglo XIX «en detriment d'una ordenació civilista de l'estat» (p. 59). De otra manera no se entiende que la guarnición militar estacionada en Cataluña, tal como queda reflejado en el gráfico que se incluye en la página 103, fuera por ejemplo en 1850 equivalente a la estacionada en toda Andalucía, Extremadura, Galicia, Asturias, Cantabria, Castilla-León y País Vasco. Será pues un país que vivirá muy a menudo bajo el estado de sitio o las leyes de excepción y en el cual el capitán general será su autoridad más importante. Frente a esta situación los sectores dominantes autóctonos vivirán inmersos en una notable contradicción: la de dar apoyo a un sistema moderado con el que comulgan en sus principios básicos y del cual precisan su brazo represor, pero dentro del cual —por otra parte— se sienten incómodos por sus mismos excesos represivos, por sus políticas anti-industrialistas y por su misma marginación política (en los 27 gobiernos habidos entre 1843 y 1868 sólo se encuentran seis ministros catalanes y sólo lo son el 10% de gobernadores civiles de Barcelona en el mismo período).

Prosigue esta segunda parte con un capítulo dedicado al Sexenio Democrático donde se pone especialmente de manifiesto la gran dinamización política y social que representó este período y las líneas divergentes que siguieron en la misma Cataluña y el resto de la Península, debido a la fuerza de un republicanismo federal, vencedor en las elecciones y movilizador en la calle, junto con un alto grado de agitación social contra las quintas y el impuesto de consumos, paralelo a la consolidación de un emergente proletariado. Un proletariado que a partir de unas durísimas experiencias cotidianas y producto de la desazón que le provoca la actuación del republicanismo en estos años, adquiere una innegable vocación internacionalista-bakuninista. Concluye esta parte con un conseguido capítulo sobre los cambios culturales que experimenta la sociedad catalana a lo largo

del siglo XIX. En sus páginas es de agradecer tanto la capacidad de síntesis como la amplia gama de matices a partir de los cuales ha sido elaborado (del urbanismo a la sociabilidad burguesa pasando por la cultura popular).

La tercera parte, «La Restauració canovista, 1875-1900», es obra del profesor de la Universitat de Girona Àngel Duarte. Entre sus trabajos encontramos precisamente un manual sobre el período, *La España de la Restauración, 1875-1923* (Barcelona, 1997), junto con otras publicaciones sobre el republicanismo en este mismo período como *Pere Coromines. Apologia de Barcelona i altres escrits* (Barcelona, 1990), *El republicanisme català a la fi del segle XIX* (Vic, 1987) y más recientemente *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina* (Lleida, 1998). Cuantitativamente hablando, su colaboración es la menor en el contexto de la obra, 50 páginas, pero no por ello su aportación deja de ser menos valiosa ya que el conjunto de los tres capítulos rezuma un tono de conseguida síntesis. El análisis de los años del canovismo en Cataluña se hace en tres capítulos que versan, respectivamente, sobre la política, la economía y la sociedad y, en último lugar, la cultura («Del positivisme a la desclosa modernista»).

El análisis se sustenta en el papel de las oligarquías locales en el advenimiento de la Restauración, los mismos Arnús y Girona fueron de los primeros financieros del régimen. Estas élites bendijeron el nuevo régimen, tanto por valorar su papel de freno frente a un protagonismo obrero creciente, como por ver en él el instrumento liquidador de las pervivencias progresistas del pasado Sexenio, en especial la laicización del Estado y la legislación social. Pero con el devenir de los años la misma incapacidad del régimen para modernizarse y proporcionar un espacio adecuado a una Cataluña industrial —léase concierto económico—, provocará, a partir del Desastre Colonial, el distanciamiento de aquellas mismas elites catalanas que acabarán por crear un instrumento de

actuación política propio, la Lliga Regionalista. Había llegado la hora del catalanismo posibilista.

Todo este proceso hay que enmarcarlo en el papel cada vez más activo que adquiere el catalanismo en el tejido social catalán, con la defensa del código civil y el proteccionismo como claros elementos movilizados. De aquí se llegaría a la publicación del «Diari Català» (1879) y a los años en que el republicano Valentí Almirall se convierte en el referente de la agitación en este campo. Poco después, el «Memorial de greuges» (1885) y el relevo por un catalanismo conservador representado por un Verdguer i Callís y Prat de la Riba, con la consiguiente fundación de la Unió Catalanista (1891) y la elaboración de las «Bases de Manresa» (1892) demostrarían que el catalanismo se había convertido «en la tercera de les potes, juntament amb la democràcia republicana i l'obrerisme, que sostenia la política no dinàstica a Catalunya» (p. 167). Una sociedad que, como acertadamente se pone de relieve en el texto, hay que estudiar más allá de la escasa participación electoral, producto del lógico efecto despolitizador de las prácticas caciquiles y fraudulentas y del internacionalismo reinante en amplios sectores del proletariado, ya que el emergente asociacionismo que proliferaba en los más variados ámbitos superaba con mucho los estrechos cauces del turno dinástico.

A su vez el análisis no olvida aspectos determinantes de la Cataluña del momento, como el papel de una iglesia que jugó la carta restauracionista, «els mestissos», marginando al integrismo en el país; así como la existencia —a pesar del nihilismo finisecular— de un movimiento obrero posibilista, igualmente representado por las Tres Clases del Vapor como por sectores moderados del anarquismo, realidad ésta que explica en buena parte el porqué una UGT nacida en Barcelona el 1888 tendría que buscar pronto otras zonas de expansión.

Llegados al siglo XX, la cuarta y quinta parte corren a cargo del profesor de la

Universitat Rovira i Virgili de Tarragona Josep M. Roig Rosich, y se extienden hasta el final de la Guerra Civil a lo largo de diez capítulos. Entre las obras de este autor hay que destacar, por lo que toca al período de su trabajo en la obra, *L'Estatut de Catalunya a les Corts Constituents de 1932* (Barcelona, 1978) y *La Dictadura de Primo de Rivera a Catalunya. Un assaig de repressió cultural* (Barcelona, 1992).

En la cuarta parte se expone la evolución de la sociedad catalana hasta 1930 en cinco capítulos. Uno de ellos de matiz económico refleja el «nou impuls del capitalisme», sobre todo a partir de las profundas transformaciones demográficas acaecidas en aquellos años y por el proceso de diversificación que experimentó el tejido industrial catalán. En un segundo capítulo, de contenido cultural, se analiza especialmente el paso del *modernisme* al *noucentisme*, así como la obra en este campo de la Mancomunitat. En sus líneas también hay lugar para el asociacionismo, las corrientes culturales, el rol social de la prensa, etc. Obviamente los otros tres capítulos de esta parte serían de contenido político. En ellos se parte de la premisa que Cataluña, a principios de siglo, ya se encuentra «al marge o en oberta oposició al sistema», por la triple confluencia de una «burguesía industrial amb un projecte catalanista, uns sectors populars delerosos de canvi i un moviment obrer activista i revolucionari» (p. 201).

Este esquema se desarrolla planteando la consolidación del catalanismo burgués de la Lliga en abierta oposición con el republicanismo lerrouxista, con sus puntos álgidos (*Solidaritat Catalana*, 1907; *Mancomunitat de Catalunya*, 1914; campaña pro-Estatut d'Autonomía, 1918-19) y los momentos en que los Prat de la Riba y Cambó prefirieron ser Bismarck antes que Bolívar (la *Setmana Tràgica*, 1909; *Asamblea de Parlamentarios*, 1917; huelga de La Canadiense, 1919) haciendo un todo que convertía el nacionalismo de la Lliga en un imposible por sus relaciones clientelares y de

dependencia respecto a un régimen que necesitaban frente un movimiento obrero en ascenso, pero ante el cual se siente marginada y al que a su vez denostan por su centralismo e inmovilismo. La acentuación de la lucha de clases, el pistolero de los años 1919-1922, y la presencia de Cambó de nuevo en Madrid como ministro dejaba bien clara la opción que tomaban los hombres de la Lliga en una Barcelona que ya se acostumbraba a vivir bajo la suspensión de las garantías constitucionales. Su aplauso al golpe de estado de Primo de Rivera no sería más que el punto final a todo este proceso. Una Dictadura que por otra parte habría de tener entre sus características más evidentes un anticatalanismo feroz que determinaría la eliminación de la Mancomunitat (1925), la supresión de más de 150 entidades catalanistas y la persecución del libre uso de la lengua catalana. Represión que determinó que se generara un amplio movimiento de oposición a la Dictadura en Cataluña, y dentro de él ganara terreno un catalanismo mucho más radical que el encarnado por la Lliga, y que en aquellos años estaba representado por la figura de Francesc Macià, «un dels grans conspiradors d'aquest període» (p. 270).

Llegados a este punto la quinta parte del manual analiza en cuatro capítulos el período de República y Guerra Civil. Lógicamente en ella tiene un peso importante el proceso de consecución de la autonomía, «l'Estatut del 1932», así como las consecuencias de su puesta en marcha —tanto en la obra del Parlament, como por ejemplo en el de la política educativa—, siempre entrelazando la dinámica catalana con la general del régimen republicano. A continuación, en el capítulo «Democratització social i cultural» se ponen de manifiesto los cambios culturales acaecidos en este dinámico período, tanto por lo que hace al asociacionismo, como a los medios de comunicación (prensa escrita y radio) y el urbanismo. El último tema de esta cuarta parte versa sobre la Guerra Civil. En él se desglosa desde el fracaso del golpe a las

iniciativas de transformación social que se llevaron a cabo en la sociedad catalana y que acabaron por escindir la retaguardia, siendo su mejor reflejo los «Fets de Maig» de 1937 que representaron la ilegalización del POUM, el ocaso de la CNT y la imposición de la línea representada por la ERC y el PSUC. Igualmente se analizan las siempre difíciles relaciones entre el Gobierno de la Generalitat y el de la República, las operaciones militares llevadas a cabo en territorio catalán y la difícil vida de la retaguardia, con sus 5.000 víctimas producto de los bombardeos y el cerca de un millón de refugiados que acogió el país procedentes de primera línea o de zonas ya ocupadas por los rebeldes.

La sexta y última parte de la obra dividida en seis capítulos, «Franquisme, transició i democràcia», ha sido realizada por el profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona Borja de Riquer. Además de los trabajos ya mencionados, el autor también posee una amplia trayectoria en la investigación del regionalismo burgués, desde su *Lliga Regionalista, la burgesia catalana y el nacionalisme* (Barcelona, 1977) al más reciente *El último Cambó* (Barcelona, 1997); por lo que hace referencia al período que ha sido su responsabilidad en este manual, hay que hacer mención especial al VII volumen de la ya citada *Història de Catalunya* dirigida por P. Vilar, *El Franquisme i la transició democràtica, 1939-1988* (en colaboración con J. B. Culla). Son éstas quizás las páginas más interpretativas de todo el volumen, las cuales, desde sus primeras líneas, ya ponen de manifiesto la voluntad de recoger las últimas aportaciones que la historiografía ha realizado sobre este período (economía, personal político...). Así los años cincuenta ya no son calificados como de «una primera apertura» o bien de «transición», sino que englobando cronológicamente desde el final de la guerra hasta la aprobación del Plan de estabilización económica, julio del 1959, «poden perfectament ser denominats de postguerra» (p. 337).

El primer capítulo tipifica el régimen franquista establecido en Cataluña desde 1939 como un régimen fascista, anticatalán y antipopular, a la vez que insiste en su condición de «paradís fiscal per als més rics» (p. 345) por la existencia de un sistema fiscal claramente discriminador y la no existencia de ningún tipo de declaración de renta. A su vez cuantifica el enorme costo que tuvo el conflicto para el país, tanto desde el punto de vista demográfico (60.000 muertes violentas y 135.000 exiliados, un 4,5% de la población) como económico, con un empobrecimiento generalizado y desigualmente repartido (en 1950 60.000 barceloneses malvivían en barracas y cuevas). Esta situación conllevaría que, por un camino plagado de corrupción, mercado negro y enfermedades infecciosas, hasta mediados de los años cincuenta no se alcanzaran los niveles de producción y renta de preguerra. Se expone la contradicción entre la Dictadura y las actitudes que ante ella toma la sociedad catalana, tanto a favor (sectores sociales y políticos de reclutamiento de colaboradores, papel de la iglesia como agente vehiculador de un acatamiento pasivo del régimen...) como en contra (la oposición), todo ello en un marco de represión física (cerca de 4.000 ejecutados), laboral (25.000 funcionarios depurados) y cultural («habla la lengua del Imperio»).

Los años cincuenta son presentados como un período de ciertos cambios a pesar del mantenimiento del contexto represivo innato en el sistema. Así los recambios experimentados en el Gobierno y que tendrán su pronto reflejo en la política económica a aplicar, vieron en esos años una Cataluña que experimentaba un importante crecimiento demográfico y económico, una Cataluña, por otra parte, que a partir de la gran movilización ciudadana de la «Vaga dels tramvies» (1951) pone en marcha todo un nuevo entramado de oposición al régimen, desvinculado de lo que era la herencia más directa de la Guerra Civil. En definitiva se prefiguraba «Una gran etapa de grans canvis

econòmics, socials i culturals» (tema 24) como fueron los años 60, los años del *desarrollismo*, paralelos en buena parte al «creixement demogràfic més ràpid, en termes absoluts, de la seva història» (p. 389) como resultado de los fenómenos migratorios del momento que determinaron un crecimiento entre 1960 y 1975 de un 44,1%, mientras el resto de España lo hacía en las mismas fechas sólo en un 16,5%. Todo este proceso de transformación económica es debidamente explicitado hasta el final del «milagro»: la crisis de los años setenta, poniéndose a su vez de relieve los cambios sociales y los amplios déficits que estas transformaciones conllevaron.

Los dos últimos capítulos enfocan la crisis final del Franquismo y la evolución de la Cataluña autónoma dentro del sistema democrático que nace en 1977, momento a partir del cual se produciría —según el autor— «el canvi més important de la història política i institucional espanyola des de la revolució liberal» (p. 339) con la formación del Estado de las Autonomías. Los años finales de la Dictadura en Cataluña se caracterizan tanto por una acentuación de las actividades de una oposición de todo tipo (movimiento estudiantil, obrero, vecinal...) como por el surgimiento en el ámbito político de una oposición de izquierdas de raíz marxista especialmente activa, con un papel clave del PSUC, que llevaría su protagonismo a liderar las plataformas antifranquistas del momento, como por ejemplo la «Asamblea de Catalunya» (1971). El nacimiento de ésta serviría de detonante a la verdadera «eclosió de l'antifranquisme» (p. 428) que se viviría entre 1971 y 1975, preludio de la inevitable transición a la democracia. Este período es tratado formalmente hasta más allá de su estricta cronología, llegándose a hacer mención del acceso al poder del PP en 1996, aunque de hecho el contenido de la obra finaliza con la formación de la Cataluña autónoma y su evolución a lo largo de los años ochenta.

Como colofón, el texto va acompañado de una cronología comparada España-Mundo-Cataluña, en la cual no sólo se hace referencia a acontecimientos políticos sino que también hay espacio para la cultura, la economía, la sociedad y el ocio. A continuación una bibliografía, dividida en un apartado general-temático y otro correspondiente a cada una de las partes en la que está dividida la obra, responsabilidad directa de cada autor. Es ésta una bibliografía hecha con la voluntad de incorporar en ella todas las obras que pueden ser consideradas imprescindibles en un manual de estas características, y a la vez aquellas que han sido objeto de una publicación reciente, con un peso notable de los años noventa. Mencionar alguna ausencia sería un ejercicio estéril ante lo acertado de su elección en conjunto. Un siempre necesario índice onomástico concluye el volumen.

En toda reseña el autor de la misma ha de aportar su valoración de aquellos aspectos que, en su modesta opinión, hubieran podido mejorar en conjunto la obra. En primer lugar, diría que hay en algunos apartados un exceso de esquematismo, producto seguramente de las limitaciones de espacio a las que hubieron de hacer frente los autores, que provocan que determinados temas queden tratados muy superficialmente o bien que a determinadas construcciones les falte la suficiente información para ser del todo comprensibles, especialmente para un determinado tipo de público. En referencia al primer apartado se podría hacer mención de las escasas líneas dedicadas a las condiciones de vida de los trabajadores en el s. XIX (p. 98), y por el segundo a frases como «A partir d'aquest moment hi haurà parlamentaris catalans a Madrid» (p. 200) en referencia a la elección el mayo del 1901 de cuatro diputados regionalistas, ¿no eran catalanes, aunque de diferente condición, los elegidos con anterioridad?, o bien cuando se afirma que l'Estatut de Núria fue el único «presentat en tot el període de pau» (p. 287), frase que requeriría una mayor contextualización.

Por lo que hace referencia a los errores, hay algunos que no pueden ser más que tipográficos, ya que es obvio que la coalición de Gobierno radical-cedista no «estaba totalmente desacreditada» a finales de 1936 (p. 304) sino un año antes, a la vez que las grandes manifestaciones por las libertades que tuvieron lugar en Barcelona bajo el Gobierno Arias fueron en febrero del 1976 y no en el de 1977 (p. 434). Por otra parte, aunque porcentualmente sea una nimiedad, no tiene sentido decir en la página 175 que Barcelona tenía 533.000 habitantes en 1900, y convertir esta cifra en 537.355 un poco más adelante (p. 206). Otros aspectos sí que hay que considerar que requerirían una mayor precisión. Por ejemplo cuando se hace mención a la proclamación de la República Catalana por Macià el 14 de abril de 1931 «des del balcó de l'antiga Mancomunitat» (p. 285) y no desde la Generalitat; o cuando se aportan las cifras de la represión en la retaguardia catalana durante la Guerra Civil, con una cifra de 6.000 víctimas (p. 320) en tanto que los estudios de Solé Sabaté y J. Villarroya han dejado claro que fueron 8.500. Igualmente no es correcta la cifra de afiliados a la UGT en el mismo período, ya que aceptar los «quasi 600.000» (p. 324) es hacer sólo caso a las propagandísticas cifras ofrecidas por el sindicato, cuando estudios recientes han cifrado el techo de afiliación ugetista en ese período en 486.000 efectivos. Es igualmente muy discutible hablar de la eficacia de las milicias, especialmente en el frente de Aragón (p. 323), tanto más cuanto que cuatro páginas más adelante se hace mención a su «poca preparació militar». A su vez, cuando se hace relación de las diversas columnas, la formada por el PSUC-UGT (la «Carles Marx» o «Del Barrio-Trueba») cae en el olvido. Tampoco es correcto decir que estas milicias participaron en la batalla de Belchite (p. 327), puesto que en ese momento ya habían sido militarizadas: quien se enfrentó en Codos a los catalanes del Tercio de Requetés Virgen de Montserrat fue la 116 Brigada de la 25 División, miembros de

la anarcosindicalista «división Jubert» antes de su militarización en abril del 1937. Tampoco se puede hablar de «mayoría de la CNT-FAI» en el Comitè de Milícies Antifeixistes (p. 321), pues al sumar los confederales sólo cinco miembros de un total de 15, sería más adecuado hablar de predominio. De más detalle serían otras apreciaciones, como considerar que durante el golpe de Estado del 19 de julio del 1936 en Barcelona «La sortida inicial de l'exèrcit de les casernes va ser frenada pels guàrdies d'assalt i per la guàrdia civil» (p. 317), cuando es notorio que este último cuerpo se incorporó al combate con la lucha avanzada, y después de no pocas dudas. En la misma línea encontraríamos la afirmación de que las competencias de orden público pasaron al Gobierno de la República en noviembre de 1937 (p. 326), cuando el estatuto en este ámbito ya había sido vulnerado como consecuencia inmediata de la crisis vivida en Barcelona y otras poblaciones catalanas a principios de mayo.

Todos estos casos, así como algún que otro comentario que se podría añadir respecto a algunos gráficos no del todo bien entrelazados con el texto, no tienen que ser tenidos en cuenta para variar la valoración inicial que se hacía de la obra. Las aportaciones brillantes y novedosas historiográficamente hablando, la capacidad de síntesis, los innovadores y elaborados capítulos de ámbito cultural junto con un largo etc., hacen que nos encontremos sin duda alguna frente a un libro, un manual, importante.

David Ballester

VV. AA.

Clásicos sociales contemporáneos
Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. Bilbao, 2000

El Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco y el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda han comenzado

recientemente la publicación de una colección de volúmenes titulada *Clásicos Sociales Contemporáneos*, una iniciativa que nos parece altamente interesante. Esta colección consta de una serie de reediciones críticas de textos clásicos del pensamiento social contemporáneo vasco, o relacionados con el País Vasco. Asimismo también encontraremos en ella obras que pueden caracterizarse como estudios de historia social contemporánea del País Vasco. Gracias a esta colección queda a disposición de los investigadores de la historia social vasca, y a la de todos los interesados, una colección de obras de indudable interés, pero de difícil acceso hasta ahora. Incluso cabría destacar una gran originalidad en la elección de los textos publicados hasta ahora, que nos aportan una interpretación desde supuestos diferentes (como puedan ser los de un sociólogo conservador, un poeta, los profesores del seminario de Vitoria...) de los habituales en las ciencias históricas y sociales. Además, en una primera aproximación a la colección se advierte cierto toque de buen gusto bibliófilo. Aunque los libros estén editados en un formato pequeño, se nota que se ha cuidado la presentación de las portadas y sus ilustraciones, la calidad del papel, etc.

Sin embargo, la colección va más allá de las citadas reediciones críticas de los textos. El primero de los volúmenes publicados —Jacques Valdour, *El obrero español. Experiencias vividas (el País Vasco)*, edición, traducción y notas de Félix Luengo Teixidor— es un texto que hasta ahora no se había publicado en castellano y del que tan sólo se podían encontrar traducciones de los capítulos dedicados a Aragón (así pues, aún queda una parte muy importante de la obra de Valdour por verse al castellano). Estamos ante la obra de un sociólogo francés muy conservador, pero preocupado por la suerte de la clase obrera. Esta preocupación le lleva a realizar una auténtica «experiencia de inmersión» entre los trabajadores, aunque fuertemente mediada por su conservadurismo político, su

integrista católico y su chovinismo francés. Pero la importancia del estudio de Valdour queda probada en el hecho de que es habitualmente citado, por ejemplo, en otro de los libros de la colección.

El segundo de los volúmenes editados —Mikel Urquijo Goitia (ed.), *Dos aproximaciones a la sociedad vasca del ochocientos*— nos presenta dos análisis de la sociedad vasca realizados por dos humanistas, en el significado más profundo del término, es decir, personas cultivadas en los más diversos campos, que utilizan su saber para escribir e intervenir en su sociedad: Antonio Trueba y Camilo de Villabaso. Aunque nos ofrecen una realidad vasca, preferentemente vizcaína, muy idealizada, eso no hace que sus obras pierdan interés, sobre todo por la talla literaria e intelectual de los autores.

El último libro publicado hasta ahora —Antonio Rivera y Javier de la Fuente (eds.), *Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta, (una experiencia de sociología cristiana: «Idearium»)*— recoge algunos artículos de la revista *Idearium*, publicada por el seminario de Vitoria entre 1934 y 1935. El seminario vitoriano pretendió recuperar religiosamente a una sociedad industrial de masas, como era la vasca, desde una metodología moderna aunque con objetivos conservadores. Este intento destaca por dos razones; el estudio sobre la religiosidad de los vascos, donde podemos interpretar cada retroceso religioso como un avance de las ideas obreristas y laicas, y la modernidad de la metodología que ensayan para recristianizar a las masas obreras en vez de los métodos más tradicionales del resto de la Iglesia española.

Juan María Carreño Díaz

DÍAZ HERNÁNDEZ, Onésimo

Los Marqueses de Urquijo. El apogeo de una saga poderosa y los inicios del Banco Urquijo, 1870-1931

Eunsa. Pamplona, 1999

Este libro es el resultado de una investigación patrocinada por una beca posdoctoral de la Fundación Caja de Madrid y dirigida por el profesor Juan Pablo Fusi. El libro destaca porque el tema es tan inédito como interesante y supone una importante aportación, no sólo al conocimiento de la familia Urquijo, sino también al entramado económico y político de la España de finales del siglo XIX y principios del XX.

Cabe destacar algunos aspectos positivos. Se nota que es fruto de varios años de investigación y buena parte de su riqueza es deudora de la ingente consulta de documentos en archivos públicos y privados. Resalta la trascendencia de este estudio sobre una familia tan influyente, que nos hace pensar en la necesidad de realizar investigaciones similares sobre otras familias de la época de la Restauración.

La principal fuente utilizada ha sido el Archivo Carvajal-Urquijo, que contiene documentación variada de la familia, sobre todo de los negocios de los tres primeros marqueses de Urquijo. El autor ha consultado diarios de operaciones, cartas y recibos en relación con las sociedades de crédito familiar, diversos documentos muy interesantes que han servido para dibujar los perfiles biográficos de los protagonistas. El hallazgo más trascendental fue el copiadore de cartas del segundo marqués de Urquijo —con más de quinientas—, algunas escritas y firmadas por los hijos, que en buen número estaban dirigidas a los principales dirigentes de la política (presidentes del Gobierno, ministros, diputados y senadores) y de la economía (gobernador del Banco de España, personas ligadas a las empresas del grupo financiero Urquijo, presidentes y consejeros de compañías, capitalistas extranjeros, etc.). El otro gran archivo ha sido el del Banco Urquijo, donde

ha consultado las actas del Consejo de Administración. Éstas han sido muy útiles para poner de manifiesto la trayectoria del grupo financiero liderado por el banco de los hermanos Urquijo-Ussía. Desgraciadamente, en la sede central del Banco Urquijo no se ha podido encontrar documentación alguna sobre la antigua Casa de banca familiar (1870-1917), creada y dirigida por el segundo marqués de Urquijo.

Para conocer la actividad política de los miembros de la saga, el autor se ha volcado en la investigación de los archivos de las dos Cámaras parlamentarias. En el Archivo del Congreso se ha centrado en el Libro de Registros de los diputados y en el Diario de Sesiones; y en el Senado ha estudiado los expedientes personales. Ha rebuscado en el Archivo del Palacio Real, en la sección de Personal, datos sobre los cargos y títulos palatinos concedidos por el rey a varias personalidades de la saga. También ha investigado en la sección administrativa buscando referencias sobre los negocios y las inversiones de Alfonso XIII, especialmente en las empresas relacionadas con el grupo financiero Urquijo (Banco, Seguros La Equitativa, Compañía Trasatlántica, etc.). También ha dirigido sus pasos hacia la sección de Interior del Archivo General de la Administración y de las secciones de Gobernación y Presidencia del Gobierno del Archivo Histórico Nacional.

Junto a los archivos públicos también ha contado con algunos privados de presidentes de Gobierno. El más utilizado ha sido el de Eduardo Dato, depositado en la Real Academia de la Historia, que contiene información interesantísima sobre la relación laboral, política y de amistad con el segundo y tercer marqués de Urquijo. De menor relieve parecen ser los documentos encontrados en los archivos de Antonio Maura y del conde de Romanones. Este acopio de material se ha completado con interesantes aportaciones orales de miembros de la familia Urquijo, empleados del banco y diversas personas relacionadas con la saga.

El primer capítulo esboza unas coordenadas sobre el marco político, económico y social de la Restauración y sitúa a los componentes de las tres primeras generaciones de los Urquijo. A continuación se analizan las notas dominantes de la familia: defensa de la causa liberal, catolicismo y patriotismo. Se detiene especialmente en los hitos biográficos de los tres marqueses, responsables del auge familiar. Aporta nuevos datos que desvelan algunos errores asumidos por la bibliografía anterior. Por otra parte, indaga en torno a la vinculación estrecha de los Urquijo con la elite madrileña y vasca, mediante una hábil estrategia matrimonial endogámica. Generalmente, los lazos de sangre iban unidos a la participación en empresas económicas y maniobras políticas; y todo apunta a que esta unión llegó a ser muy estrecha en la tercera generación. Termina describiendo su influencia en lugares destacados del «todo Madrid» de la Restauración (Teatro Real, casas nobiliarias y Palacio Real), formado por un grupo muy cerrado de familias unidas en su mayoría por vínculos matrimoniales, económicos y sociales.

El segundo capítulo examina su presencia en la vida política local y nacional. Todo apunta a que el salto a la política fue más una consecuencia del papel que debía representar en el campo económico. El clientelismo, la riqueza económica, explican la lealtad mantenida por los electores del distrito de Amurrio hacia los candidatos urquijistas durante más de media centuria. La fidelidad se pagaba con todo tipo de favores, como muestra la correspondencia privada. Asimismo, aborda la relación de la familia con las instituciones. Muestra la actuación de los diputados y senadores en las Cámaras, que representaron a Álava en las Cortes y el Senado, y a las provincias vascas ante el Ministerio de Hacienda en las negociaciones del Concierto Económico. Se ponen de manifiesto las buenas relaciones que mantuvieron con varios presidentes de Gobierno —liberales y conservadores—, y

con la Casa Real, especialmente con Alfonso XIII.

El tercer capítulo plantea una serie de cuestiones sobre los objetivos, estrategia y resultados obtenidos en la exitosa actividad económica de los Urquijo, con el fin de evaluar la formación, envergadura y características de la actividad financiera. El primer apartado gira en torno a la génesis de la fortuna y su consolidación, y versa sobre las razones del éxito en las finanzas: formación recibida, cualidades personales, contactos vitales, gestión de los negocios, etc. A continuación se describe sucintamente el enriquecimiento progresivo del primer marqués; después se profundiza en los rasgos particulares de la actividad del sobrino —Juan Manuel—, que fue el único que permaneció en las liquidaciones que sufrieron las sociedades de crédito familiar desde las que promovió varias iniciativas industriales. Por último, el tercer marqués coronó la obra iniciada por sus progenitores y fue uno de los protagonistas del mundo económico español en el primer tercio del siglo xx. Más adelante trata de los sectores de inversión con el fin de plasmar las inversiones realizadas en puntos estratégicos de la economía: industria siderúrgica, minería, maquinaria, naval, eléctricas, transportes y seguros. Desde el imperio financiero, los Urquijo consiguieron un trato muy favorable de las autoridades políticas en los monopolios y concursos: tabaco, petróleo y teléfono. En síntesis, se intentan describir las líneas principales de actuación del grupo financiero.

El libro finaliza con unas extensas conclusiones. Se incluye un pequeño álbum fotográfico, varios apéndices documentales y un índice de nombres y materias. Las fuentes y bibliografía aparecen extensamente detalladas.

Es preciso indicar algunas cuestiones que estimamos pueden ser mejorables en futuras reediciones. Se aprecian errores de orden y páginas en el índice de nombres y materias; el apéndice sobre el árbol genealógico es un tanto caótico y sólo de las tres

primeras generaciones. Además, el texto es reiterativo en algunos datos e ideas, e incluso en la imprecisa utilización del término «saga», que podía ser subsanada con el uso de «familia», «clan» o «la Casa Urquijo».

Juan Manuel Matés Barco
Universidad de Jaén

DUARTE, Àngel

La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910)

Milenio. Lleida, 1998

La trayectoria intelectual del catedrático de la Universitat de Girona, Àngel Duarte, se halla vinculada al estudio de la cultura republicana y las formas de articulación política y sociabilidad del republicanismo español entre el inicio de la Restauración alfonsina en 1875 y los violentos acontecimientos de la revolución de julio de 1909, conocidos como la *Semana Trágica*. En esta línea temática se inscribe *La república del emigrante*.

El punto de partida del libro de Àngel Duarte es el análisis de la Liga Republicana Española (LRE). Fundada en Buenos Aires en 1903 y extinguida en 1908, tenía como objetivo prioritario potenciar la ayuda mutua y asistencial entre los emigrantes españoles llegados a territorio argentino. Así, la LRE pretendía presentarse como *la* entidad de los españoles emigrados, en una clara identificación entre republicanismo y «lo verdaderamente español»: fórmula útil para competir abiertamente con otras organizaciones con el mismo fundamento asistencial, pero de ideología diferente como el tradicionalismo, el dinastismo oficialista alfonsino o los regionalismos emergentes.

Duarte se sirve de la trayectoria de la LRE para abordar temas de carácter general como la evolución del republicanismo español y su incidencia en la vida política española y argentina en el período 1875-

1910. Según el autor, la LRE vivió en su seno las mismas convulsiones, transformaciones y adaptaciones que el republicanismo peninsular. Así, por ejemplo, no se escapó de la división entre solidarios y antisolidarios que afectó a la Unión Republicana ni de los problemas generados por la crisis de liderazgo que enfrentaban un vetusto Nicolás Salmerón a la agresividad populista de los jóvenes Alejandro Lerroux y Blasco Ibáñez. Resulta sintomático que el año de defunción de la LRE, el 1908, coincide con el momento de formación del Partido Republicano Radical, ya que los dirigentes de la LRE estaban vinculados al sector salmeroniano.

Los cambios organizativos e ideológicos que se apuntaban en el republicanismo español se hallaban también latentes en la LRE y se debían fundamentalmente al impacto de las transformaciones estructurales que se operaban en la sociedad española de finales del siglo XIX y primeros años del siglo XX: crecimiento de las ciudades y de los sectores de servicios y secundario en detrimento del primario. Así, en el conjunto de España, el regeneracionismo, tanto desde la derecha como desde la izquierda, se identificó con la fórmula *ciudad+industria+servicios=progreso*. Lo contrario era *oligarquía y caciquismo*, identificados con el *mundo rural y el atraso económico y social*. La LRE no fue ajena a estos análisis ideológicos y sociológicos por la sencilla razón de que la sociedad argentina también asistía a un proceso de cambio estructural similar al español: el crecimiento de una gran metrópoli como Buenos Aires había potenciado la configuración de una clase media profesional y comercial que aspiraba a encontrar su espacio socio-político en Argentina. De hecho, la explosión política y económica de la mesocracia urbana a finales del siglo XIX y principios del XX fue un fenómeno generalizado en Europa y América: el crecimiento, la expansión o refundación de ciudades como París, Londres, Nueva York, Chicago, San Francisco, Berlín, Moscú o San Petersburgo potenció, sin

lugar a dudas, remarcables cambios políticos en sus respectivos países.

Sin embargo, la proyección y actuación política de la LRE ante las disfunciones generadas por este proceso de cambios se caracterizó por el diferente rasero que mostró ante los regímenes español y argentino: desde la Argentina, la LRE asumió una posición netamente regeneradora respecto a la monarquía alfonsina y el sistema político del turno; en cambio, mostró una posición poco beligerante (casi comprensiva) ante el mundo político oficial argentino. La explicación de este fenómeno incide en el tema de los modelos políticos adoptados por el republicanismo español a lo largo de su trayectoria. Siempre se ha tendido a destacar el influjo de la República francesa en los círculos republicanos españoles y que éstos perdonaron sistemáticamente la falta de apoyo de la vecina República en su combate contra la monarquía alfonsina o el régimen de Franco en los períodos 1914-1918 y 1936-1945. Duarte nos desvela que esta comprensión condescendiente también se extendió a las repúblicas sudamericanas y norteamericanas: las primeras como modelo de lucha contra el absolutismo español en el primer tercio del siglo XIX y las segundas por su capacidad de *democratización* de sus respectivas sociedades en los años diez (México a través de su proceso revolucionario y los EE.UU. durante la presidencia de Woodrow Wilson en la Gran Guerra, una vez olvidada la resaca antinorteamericana consecuencia de 1898).

Por otro lado, ha de apuntarse un factor socio-económico que explica también la débil beligerancia de la LRE ante la República Argentina. En la cúpula directiva de la LRE existía una remarcable presencia de comerciantes que se habían vertebrado como una elite económica debido en buena

parte al *apoyo* del régimen argentino. En cierta forma, este factor potenció la moderación política de la LRE en la Argentina, así como su posicionamiento salmeroniano en el seno del republicanismo español. Al menos, así lo entendieron sus potenciales electores en España y sus adherentes en la Argentina, factores que aceleraron la crisis de identidad y de representación de la LRE, que acabó siendo superada por la eclosión del republicanismo lerrouxista. En este contexto, hay que situar la inoperante actividad del doctor Rafael Calzada en el Congreso de los Diputados de Madrid, donde actuó como representante de la LRE desde 1907: no sólo se encontró con un republicanismo español dividido entre salmeronianos y lerrouxistas, sino también ante la indiferencia de la clase política española por los problemas de la emigración hispana en Sudamérica.

La peculiaridad de *La república del emigrante* reside en que Àngel Duarte la ha elaborado como una síntesis del conjunto de su obra, donde conviven armónicamente las historias general, comparada, regional y local junto a la biografía¹. De este último género, Duarte nos proyecta a lo largo del libro la figura del doctor Rafael Calzada como motor de la LRE. En el terreno de la historia local-regional, se aborda una descripción exhaustiva del Buenos Aires del cambio de siglo XIX al XX. Y, finalmente, nos conduce al terreno de la historia general e internacional mostrándonos la evolución del proceso de transformaciones socio-económicas y políticas que tenían lugar en España y Argentina, entrando en el terreno de la historia comparada.

En definitiva, tras la lectura de este libro, se tiene la impresión de que el profesor Àngel Duarte debería animarse a abordar una magna obra sobre la historia del

1. En el tratamiento del tema del republicanismo, el profesor Duarte ha abordado la más amplia gama de géneros historiográficos: la biografía (*Pere Coromines: del republicanisme als cercles llibertaris [1888-1896]*. Abadía de Montserrat. Barcelona, 1988), la historia local (*Possibilistes i federals. Política i cultura republicanes a Reus [1874-1899]*. Associació d'Estudis Reusencs. Reus, 1992) o la historia regional desde una perspectiva generalista (*El republicanisme català a la fi del segle XIX*. EUMO. Vic, 1987).

republicanismo español entre 1875 y 1931, que integrase todos los elementos parciales que aparecen en el conjunto de su obra y que él nos va ofreciendo paulatinamente en pequeños grandes libros.

David Martínez Fiol

LARRÍNAGA, Carlos

Actividad económica y cambio estructural en San Sebastián durante la Restauración (1875-1914)

Fundación Caja Guipúzcoa-Kutxa. San Sebastián, 1999

La España de la Restauración sigue ofreciéndonos un campo de estudio en el que la variedad de posibilidades de análisis no deja de sorprendernos. Desde las distintas disciplinas de la historiografía, este período de nuestra historia se está convirtiendo en un referente metodológico al que el paso del tiempo debe imitar para otros períodos más recientes, especialmente en todo lo relativo a lo ocurrido desde 1931. En el libro que ahora reseñamos se nos ofrece una versión territorial de las transformaciones socioeconómicas de la Restauración, si bien esta definición sería muy limitada. Cualquier trabajo de historia territorial tiene como hándicap la no-referencialidad, es decir, esa acusación de caer en un estudio particularista, por muy exhaustivo que sea, de cualquier zona. Pero no es el caso si la proyección del trabajo, como a continuación trataremos de explicar, es internacional. La tesis de Carlos Larrínaga aborda una zona del País Vasco mucho menos conocida que su vecina Vizcaya, paradigma de la industrialización del norte de España. Sólo por una cuestión geográfica estaría justificado un estudio de estas características, pero hay otra serie de aciertos que jalonan la lectura del texto. Un análisis economicista, al más puro estilo *cross-section* pero de tipo territorial, no temporal, es lo que se aborda a lo largo de estas líneas.

Pero el autor no se pone límites: la gran exhaustividad se debe a una destreza en el manejo de fuentes que le pueden llevar muy lejos del objetivo original. Pero, al contrario de lo que la lógica metodológica invitaría a hacer —no explayarse más de lo necesario—, el autor acepta el envite y se arma del bagaje bibliográfico necesario para sacar el máximo provecho a la meta adonde las fuentes le han conducido. La dificultad de abarcar tanto es resuelta en las páginas del libro con una apabullante recogida de datos pero convertida en explicación sistemática y ponderada de los distintos factores de cambio económico.

Las ciudades que como San Sebastián «no son propiamente industriales pero con una economía suficientemente activa» (p. 18) tienen un atractivo que viene dando sus frutos en los últimos años. En la capital donostiarra se dan una serie de elementos que exigían una tesis de estas características: la cercanía de Vizcaya, ya mencionada; su condición de frontera, su esfuerzo por salirse del modelo típico de las ciudades levíticas que tiene cerca como Vitoria o Pamplona, la presencia de capitales franceses entre el accionariado de sus empresas de servicios. Pero existe uno que, por no tener parangón en el resto de España, sobresale de manera notable: el fenómeno turístico. Lejos de frivolarizar y aprovechar el tópico, se nos propone un itinerario por los orígenes de este fenómeno. El asunto del turismo termal —Cánovas y las aguas de Santa Águeda son un símbolo de la Restauración— es algo muy vinculado a este territorio. Saliendo del localismo, la referencialidad a la que antes nos referíamos la encuentra el autor en Inglaterra y Francia, ofreciéndonos un modelo explicativo de la trascendencia del turismo y abriendo brecha en nuestro país en lo que se refiere a esta temática.

Otro de los puntos fuertes de esta obra es sin duda la interdisciplinariedad. Aunque muy imbuido de la historia económica, Larrínaga es capaz de desgranar la intrahistoria del Ensanche de San Sebastián desde

una dimensión geográfica, concluyendo que se optó por una solución ecléctica entre la actividad turística, la comercial y la industrial de la ciudad. Sin desdeñar la importancia de ninguno de los factores de cambio económico, el tracto central del libro evoluciona con una descripción bastante armónica del crecimiento, cuyo punto de partida está en el paso de las aduanas interiores a las fronteras en 1841. Es así como se produce una terciarización que viene acompañada de crecimiento urbano de la mano del comercio, el turismo y las infraestructuras, que culmina con la construcción del ferrocarril Madrid-Irún, inaugurado en 1864. Una explicación histórica de la que carecíamos era el efecto del Concierto Económico, recordemos, arma plausible de la paz carlista-canovina, sobre Guipúzcoa. Y en estas líneas encontramos que, pese a no ser una California, el sector industrial se presenta muy activo: se forma una pequeña conurbación industrial entre San Sebastián y alrededores, con Pasajes como puerto-franco, y en la que los banqueros profesionales —con presencia de inversores catalanes y franceses— ganan la partida a aquellos comerciantes-prestamistas que predominaban en el paisaje comercial guipuzcoano. La capacidad de diversificar las inversiones y al mismo tiempo no perder el encanto que lo convirtiera en fenómeno turístico, hizo de San Sebastián un original modelo que tuvo en el Ensanche la materialización de esa aspiración de no renunciar a ninguna de sus peculiaridades.

Si bien ésa es la conclusión a la que Carlos Larrínaga llega al final de la obra, no se puede decir en ningún caso que sea una meta a la que se haya llegado a la ligera, sino más bien que es el fruto de una visión de conjunto enriquecida con todo lo que las ciencias sociales han podido aportar, y que demuestra el jugo historiográfico que se puede obtener de fuentes como los Registros Mercantiles, que enriquecidos con la formación social del historiador, no sólo proporcionan fríos datos. Así pues, el enfoque y la originalidad de San Sebastián hacen

de esta obra un referente muy notable de la historiografía sobre el ciclo intersecular.

Sergio Riesco
Universidad Complutense

ARIAS GONZÁLEZ, Luis y LUIS MARTÍN, Francisco

La narrativa breve socialista en España. Antología (1890-1936)

UGT/Centro de Estudios Históricos. Madrid, 1998

Hace ya algunos años, José Carlos Mainer señalaba que en nuestro país se echaba en falta una historia de la literatura obrera y de la literatura popular que analizase y reconociese la importancia de textos y escritos situados casi siempre en la periferia del sistema literario canónico, pero sin los cuales es difícil cuando no imposible conocer la multiformidad y heterogeneidad de lo que se conoce como el público lector, así como su articulación en sectores y grupos con intereses, capacidades y expectativas muy diversas. Por otro lado, el propio Mainer y otros estudiosos llamaban la atención sobre la necesidad de desentrañar no sólo las claves literarias de estos productos, analizando sus relaciones y divergencias con la «gran» literatura y otras manifestaciones procedentes de la sub o infraliteratura, sino también su carácter ideológico y movilizador en cuanto vehículos o instrumentos de formación y adoctrinamiento de grupos o colectivos sociales cuyas características culturales condicionaban o imponían unos determinados moldes formales y estilísticos. De ambas cuestiones y de otras más se ocupa este valioso libro de Francisco de Luis Martín y Luis Arias González, autores que cuentan ya con una sólida y admirable trayectoria investigadora en el terreno de la historia socio-cultural y donde han llevado a cabo una brillante y original tarea de rescate de las señas de identidad del socialismo español. La antología

de relatos breves que ahora reseñamos es una prueba más de la capacidad y destreza de estos investigadores por alejarse de los caminos trillados y abrir nuevas vías de análisis donde todo parecía ya dicho o agotado.

La principal novedad de este trabajo radica en la consideración del cuento como el más importante de los géneros literarios cultivados por los «escritores» obreros y el más apropiado para cumplir los fines de diverso signo que se marcó la literatura socialista española, cuestión ésta, la de la existencia de una literatura socialista y sus objetivos, a la que los autores dedican unas páginas llenas de claridad y acierto interpretativo. Tras esclarecer los diferentes sopores en que se presentaban estos escritos y el porqué de su intenso cultivo, los autores llevan a cabo un ponderado ensayo comparativo con la literatura «a secas» y con la subliteratura y los géneros allegados a la misma, lo que les permite establecer los parentescos y paralelismos con las restantes formulaciones literarias.

Más allá de sus rasgos diferenciadores, todos estos relatos, según se señala, participan de unos principios comunes que son precisamente las constantes que definen el género literario socialista por antonomasia. Así, sus temáticas se circunscriben, con sus diversas variantes, al mundo del trabajo, el mundo de la infancia, el de los enemigos del proletariado (el juez, el cura y el militar principalmente) y un mundo imaginario o fantástico; los personajes, simples y planos como los argumentos que ayudan a sostener, se conciben como arquetipos o clichés al servicio del afán doctrinario-pedagógico al que se subordina todo. Los obreros, los burgueses o las autoridades presentan, de esa forma, unos acabados nítidos y rotundos, sin matices ni complejidades, fácilmente reconocibles por el lector. Por otro lado, la concepción ideológica de todos estos relatos permite fácilmente establecer su dependencia absoluta con respecto al bagaje teórico del socialismo, empapados como están de consignas y tesis

del partido y del sindicato a propósito de la visión del hombre, de la sociedad, de la naturaleza y la ciencia, del trabajo o de la religión. En este sentido, una de las más sugerentes aportaciones de los autores es la de que este colectivo ideológico fue poco o nada marxista, debiendo emparentarse más bien con el racionalismo, la Ilustración y las corrientes pedagógicas y laicas del siglo XIX, al menos hasta los años treinta de nuestro siglo en que algunos sectores socialistas tratan de romper con las narraciones breves y su mundo simbólico, ruptura que expresa el rechazo a una determinada tradición cultural y política del socialismo español y de la que los cuentos eran una emanación directa.

Los autores no descuidan la investigación estrictamente formal y provistos de los instrumentos conceptuales y conocimientos técnicos al uso en literatura disecionan las estructuras expositivas de los cuentos, sus nudos argumentales, el estilo literario y los principios estéticos que anidan en ellos, señalando, a la hora de enjuiciar su calidad literaria, los registros comparativos que procede hacer para situar mejor el nivel de análisis y poder determinar, con las excepciones y matices que se comentan, el patrón estético que caracterizó a la mayor parte de los mismos.

El estudio introductorio finaliza con una especie de «guía» para lectores, en la que los compiladores explicitan los criterios de la antología referidos a su temática, dimensión, cronología y autores incluidos en ella, seguida de una útil sugerencia sobre cómo debería abordarse su lectura. Nada de ello sobra, si tenemos en cuenta el enorme número de literatos y de narraciones seleccionados, resultado de una depuración de más de doscientos relatos encontrados, y que presentan, dentro de su común universo ideológico y estilístico, registros bien distintos. El libro cuenta también con un sugerente prólogo del profesor José Antonio Pérez Bowie y con un utilísimo anexo en el que los autores

presentan unas semblanzas de los escritores de los relatos.

Es éste, en fin, un libro de gran interés tanto para los historiadores sociales y de la cultura como para los dedicados al análisis de mentalidades y de la literatura popular y/o obrera. Hay en él una explícita interdisciplinariedad y un ejemplo magnífico del uso de la literatura como fuente histórica. Una prueba más, en suma, de la extraordinaria vitalidad en nuestra historiografía actual de la llamada historia socio-cultural, de la que los dos autores de este volumen son notables artífices.

Mariano Esteban de Vega

LUIS MARTÍN, Francisco de y ARIAS GONZÁLEZ, Luis

Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)

[Estudio histórico]

Comunidad de Madrid-Fundación Largo Caballero. Madrid, 1998

Los autores que encabezan la ficha bibliográfica del libro que vamos a reseñar figuran en la portada del mismo como realizadores de un estudio histórico sobre la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid. Junto a ellos y como responsable principal de la elaboración del catálogo de los libros de esa biblioteca que, tras diversos avatares, han llegado hasta la Fundación Largo Caballero de Madrid, y de las láminas que esmaltan la publicación, aparece Nuria Franco, encargada del archivo y la biblioteca de dicha Fundación. Sin desmerecer en absoluto esta paciente tarea de catalogación y clasificación de las obras así como la de señalar, cuando ha sido posible, la procedencia de las mismas y formar los índices onomástico, de entidades y de materias, es evidente que el mayor y casi único interés historiográfico de este volumen reside en aquel estudio, del que conviene significar su importancia

y señalar algunas de sus características y conclusiones.

Los autores, consumados especialistas en desentrañar las claves del pensamiento y la práctica cultural socialista en sus más variadas manifestaciones, hasta el punto que bien merecen ser considerados como los introductores en nuestra historiografía de campos y facetas de investigación socio-cultural tradicionalmente descuidados o simplemente ignorados, comienzan su exposición con una sintética descripción de la importancia y la historia de la Casa del Pueblo de Madrid en el marco del movimiento obrero español de filiación socialista, con especial detenimiento en la labor social y asistencial en ella, por una parte, y en la formación política y cultural emplazada entre sus muros, por otra. Una segunda parte se dedica al estudio, igualmente denso a la vez que sintético, de la biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid, siguiendo su proceso de organización así como los avatares más salientes de su trayectoria durante treinta años, los que van desde su inauguración en enero de 1909 hasta su obligada clausura apenas un mes antes de la entrada en la capital, en marzo de 1939, de las tropas nacionales. Se pasa revista así a aspectos tan interesantes como la formación del núcleo originario de la biblioteca, su estructura interna, la normativa y el funcionamiento de sus servicios, la configuración e importancia de su caudal bibliográfico en diferentes etapas y coyunturas, las ayudas y subvenciones recibidas a lo largo del tiempo o el creciente papel de su sección circulante. Especialmente esclarecedoras nos han parecido las conclusiones a que llegan los autores con relación al número y la tipología de los volúmenes consultados por materias desde 1918 hasta 1934, fechas para las que se tienen datos fiables y contrastados, y donde se pone de relieve el predominio absoluto de la literatura tanto en el número de obras contenidas como en el de las consultadas en comparación con el resto de las materias de conocimiento, así como las deducciones que

establecen a propósito de los géneros, obras y autores preferidos por los usuarios de la biblioteca y que les permiten afirmar la existencia de diversos modelos de lector.

Con todo, la parte central y, sin duda, la más original y novedosa, es la que se ocupa de arrojar luz sobre los mil ciento cuarenta libros que se hayan depositados en la Fundación Largo Caballero y que, según las hipótesis barajadas por Francisco de Luis y Luis Arias, debieron constituir el fondo de la sección circulante, un fondo que por el número total de obras, por su proporción —la quinta o la sexta parte del conjunto madrileño— y por su representatividad, tanto temática como por autores, constituye una muestra muy significativa y completa de lo que fue la biblioteca. De esta manera, los autores pueden afirmar que las conclusiones extraídas de su análisis, al que podemos calificar de verdadero modelo de interpretación, lleno de sugerencias y consideraciones y que como tal modelo podría servir para ulteriores estudios de otras bibliotecas populares, alcanzan un alto grado de fiabilidad «para reconstruir lo que en verdad fueron las Bibliotecas Socialistas como centros de difusión cultural, de concienciación política y de formación intelectual, técnica y hasta estética» (p. 39). Su reconstrucción de la primera y principal biblioteca obrera socialista comienza con un concienzudo estudio de los dos ejes esenciales de los fondos de cualquier biblioteca, su procedencia y su temática. Resultado del mismo son una serie de conclusiones que establecen las características y la finalidad primordial de la biblioteca, así como su originalidad o, si se prefiere, las señas de identidad que permiten diferenciarla de otras bibliotecas. En ese sentido, los autores finalizan su trabajo abordando los tres elementos que consideran dan peculiaridad a este servicio de la Casa del Pueblo de Madrid: la literatura como su sección estrella, los libros de formación y adoctrinamiento político y, por último, el legado de Pablo Iglesias a la biblioteca. Nada de esto hubiera podido hacerse

sin un profundo conocimiento de la publicística obrera y social del momento, de autoría nacional y extranjera, o sin un dominio de los géneros, tendencias y autores tanto de la literatura española como universal en su vertiente «cultura» y en su vertiente «popular», e incluso, lo que parecía más complicado a priori, sin saber de la producción editorial en materias tales como la técnica, la ciencia o el arte. Y, sin embargo, los autores de este trabajo no sólo demuestran conocer suficientemente esos ámbitos, lo que dice mucho de su inmejorable y poco corriente posición para abordar temas y problemas que, como éste, requieren un verdadero esfuerzo interdisciplinar, sino que han sabido integrarlos en un conocimiento integrador y de largo alcance del que es buena muestra este seminal estudio histórico de la biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid.

Antonio Morales Moya

RICHARDS, Michael

Un tiempo de silencio. La Guerra Civil y la cultura de la represión en la España de Franco

Crítica. Barcelona, 1999

Este libro es la prueba de que la amplia tradición de hispanistas británicos tiene continuación y futuro, dado que el autor es un historiador joven, aunque ya ha publicado varios trabajos sobre la Guerra Civil y los primeros años del franquismo. Además de esta tradición hispanista, en M. Richards también podemos reconocer elementos que lo sitúan cerca de los historiadores británicos marxistas, cuya importancia no es necesario recordar aquí y ahora.

El libro de M. Richards, prologado por P. Preston, nos acerca al panorama de la España de la posguerra, un tiempo que el autor califica como de silencio por influencia de la novela de Luis Martín-Santos. Este tiempo de silencio fue el empleado por el

régimen franquista para crear su «Nueva España». Contando con el apoyo de los terratenientes, industriales, el Ejército y la Iglesia, el franquismo crea un Estado a su medida con la herramienta de la represión de toda disidencia contemporánea o futura. La represión fue llevada a cabo mediante el recurso de la violencia aceptada y promovida por las nuevas autoridades, tanto durante como después de la Guerra Civil.

Dicha violencia fue ejercida, sin ninguna compasión, sobre cualquiera que pudiera levantar la mínima sospecha de una fidelidad republicana, o de infidelidad al nuevo Estado en alguno de sus aspectos, político, militar, económico, social o religioso. Hubo ciertos sectores sociales que sufrieron especialmente esta situación: el autor resalta, junto a la clase obrera, a las mujeres, discriminadas por las leyes del régimen, que no les ofrecían más futuro que obedecer a sus maridos o convertirse en religiosas, y que sufrieron castigos físicos y morales por parte de las autoridades para purgar su antifranquismo o el de algún familiar varón. Por si fuera poco, las mujeres fueron también el grupo social que más sufrió la pobreza y sus consecuencias durante la dictadura.

Sin embargo, el aspecto de la represión franquista sobre el pueblo español más destacado en el libro estriba en la autarquía económica. La autarquía es interpretada por Richards no como una consecuencia de la situación europea provocada por la Segunda Guerra Mundial y el posterior aislamiento internacional de la España de Franco. La autarquía fue una opción voluntariamente asumida por el régimen, desde la Guerra Civil, que pretendía, por una parte, dotarse de otro medio para controlar la población mediante la pobreza y el hambre, y por la otra colocar a la población española en una cuarentena, que la protegiera de contagios ideológicos extranjeros que podían ser muy peligrosos para el franquismo. Asimismo, la autarquía permitía al franquismo intervenir directa y activamente en la economía y en las empresas.

Estas aportaciones componen lo más sugestivo del libro, junto a una redacción que sin perder el rigor científico, es clara, lógica y ágil. Sin embargo, también hay ciertos aspectos del libro que no resultan tan brillantes. Comenzando por el título, donde se asocian los conceptos de cultura y de represión de una manera que consideramos que no es demasiado acertada. Las notas que contienen el aparato crítico están situadas al final del libro, dificultando su consulta. Al mismo tiempo, aparecen en el texto algunas incorrecciones: por ejemplo, el autor cita las minas de carbón de La Arboleda, Vizcaya, (p. 88), mientras que en realidad en estas explotaciones se extraía mineral de hierro. Además, no deja de ser curiosa la relación que Richards establece entre «régimen» como forma de gobierno y la acepción de dieta para adelgazar que también tiene la palabra, para explicar la escasez de alimentos de la posguerra (p. 171), porque un régimen es cualquier sistema político, incluso si los ciudadanos disfrutan de una economía próspera.

Juan María Carreño Díaz

**MORENO FONSERET, Roque
y SEVILLANO CALERO, Francisco (eds.)**
El franquismo. Visiones y balances
Universidad de Alicante. Alicante, 1999

Este libro recoge las aportaciones presentadas en el curso *España durante el franquismo*, celebrado en la primavera de 1999 en la Universidad de Alicante. Se enmarca también dentro del trabajo que está llevando a cabo el grupo de investigación sobre el franquismo en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante. El objetivo inicial de esta obra colectiva era contribuir a la actualización de la enseñanza de la Historia en la Educación Secundaria. Por ello incluye como epílogo y apéndice los dos últimos trabajos, consistentes en una propuesta de unidad didáctica

para la enseñanza del franquismo realizada por el profesor de ESO Mariano García Andreu, y en una recopilación de documentos de testimonios orales sobre la represión de la guerra y la postguerra en Alicante, recogidos por el profesor Miguel Ors Montenegro para su análisis en el aula.

Además de estos estudios especialmente enfocados a la práctica de la enseñanza, las demás contribuciones abarcan diferentes aspectos del franquismo. En primer lugar se aborda la cuestión de su naturaleza y legitimación. Francisco Sevillano Calero vuelve sobre el debate de la naturaleza del régimen, que ha resurgido tras la caída del comunismo, repasando las aportaciones historiográficas más relevantes en torno a este tema y sugiriendo algunas observaciones sobre la necesidad de analizar la movilización social, la construcción de la identidad colectiva y el adoctrinamiento político para comprender el fenómeno fascista y su penetración en el régimen dictatorial español. Los profesores Glicerio Sánchez Recio, Roque Moreno Fonseret y Rosa M^a Pardo Sanz estudian en sus respectivas ponencias el problema de la legitimación necesitada por el franquismo, que pasó por la adhesión al régimen, la *lealtad*, de distintos sectores de la sociedad a cambio de beneficios económicos y políticos, por la ficción de las «consultas populares» y por la aceptación internacional en un sistema polarizado en ideologías contrapuestas.

Los trabajos que siguen examinan las investigaciones habidas respecto a la imposición del régimen franquista y la oposición generada por éste. Se analizan entonces los estudios sobre la represión y la oposición armada al franquismo dentro de España (Eduardo González Calleja), y aquellos que tratan del exilio y la clandestinidad (Abdón Mateos). La exposición de Francisco Moreno Sáez sobre la educación y la cultura refleja de nuevo la importancia del adoctrinamiento para lograr el consenso, y analiza el papel de la Iglesia católica en la construcción de la cultura del franquismo. Al mismo tiempo examina también la formación de una cultura alternativa de oposición democrática.

Finalmente, la economía y la sociedad son el objeto de los trabajos de los profesores Carlos Barciela López, Carme Molinero y Pere Ysas. El primero examina la política de autarquía de los primeros años del régimen y los efectos que ésta causó en el nacimiento de un floreciente mercado negro. El abandono de este sistema trajo consigo la modernización del sector agrario en el que, aunque pervivieron las situaciones de privilegio, se realizó un notable esfuerzo, sobre todo del lado de los campesinos, para conseguir la industrialización de la agricultura. En su ponencia conjunta, Molinero e Ysas estudian el cambio socioeconómico surgido en las cuatro décadas del franquismo, desde la situación de fractura social de 1939, hasta la transformación de la vida cotidiana y la conflictividad de los años sesenta y setenta, pasando por el Nuevo Orden social, cultural y económico pretendido por el franquismo.

De esta forma, este trabajo colectivo, como señala su subtítulo, recoge las diferentes visiones que sobre los distintos aspectos del franquismo ha recogido la historiografía. Se trata de un volumen homogéneo en cuanto a su contenido que reviste además un doble interés: por un lado supone una necesaria puesta al día historiográfica destinada al profesorado de Educación Secundaria; en segundo lugar, se aleja del creciente revisionismo que impregna muchas de las obras aparecidas en los últimos años.

Rocío Navarro Comas

SANZ ALBEROLA, Daniel

La implantación del franquismo en Alicante. El papel del Gobierno Civil (1939-1946)

Universidad de Alicante. Alicante, 1999

A partir del estudio de un organismo administrativo como el Gobierno Civil, Sanz Alberola analiza la instauración del régimen franquista en Alicante. Su trabajo, por

tanto, no se circunscribe a una mera descripción de dicha institución y de su actuación en un determinado período histórico, sino que le sirve para adentrarse en la investigación de los aspectos políticos, económicos y sociales del primer franquismo. Utilizando una abundante documentación de archivo, la obra presenta cómo un poder local de gran tradición, como el Gobierno Civil, se convierte en un elemento clave para vertebrar una red de intereses económicos y políticos que van a servir de base al régimen de Franco.

En este sentido, y como muy bien señala Sanz Alberola, el Gobierno Civil funcionó como un instrumento de centralización, es decir, que el gobernador no actuaba en representación de su provincia sino al revés, aplicaba en ella las decisiones del Gobierno central. Para llevar a cabo este trabajo, el Gobierno Civil utilizó diversos medios que Sanz Alberola analiza en su estudio. En primer lugar coordinaba la actuación de los cuerpos policiales y las fuerzas de seguridad, ya que a partir de 1939 el Gobierno Civil asumió la dirección del orden público. Para ello, además de con la información que le proporcionaban las FOP, contó con la ayuda de las instituciones provinciales, ayuntamientos y Diputación, entidades sobre las que ejerció un profundo control, con la consecuente pérdida de autonomía de los municipios en beneficio del gobernador.

Los tres capítulos centrales del libro explican cómo el Gobierno Civil consiguió imponer el régimen franquista en todos los aspectos de la vida alicantina. En el ámbito político, estuvo casi siempre al lado del sector derechista frente al falangista. Esto, unido a la crisis que el Partido atravesó a partir de 1943, debido en gran parte a los éxitos aliados en la Guerra Mundial, provocó que éste fuera perdiendo posiciones de poder y de representación. Desde el punto de vista económico, el Gobierno Civil funcionó dentro del sistema autárquico del primer franquismo creando las bases del régimen. Las viejas elites económicas recuperaron entonces su lugar y se beneficiaron

activamente, al igual que las autoridades políticas, de la corrupción y el estraperlo a que dio lugar el intervencionismo estatal.

Especial importancia reviste el capítulo dedicado a la actuación del Gobierno Civil en la obtención del consenso social en estos primeros años del franquismo en Alicante. Al igual que en los capítulos anteriores, Sanz Alberola hace un profundo y documentado estudio, esta vez sobre el control de la sociedad conseguido a través de la represión, de la utilización de la beneficencia y del adoctrinamiento político, que se basó en el monopolio de la información y en el control de la educación, por medio de la depuración de escuelas, maestros y alumnos. La represión provocó el miedo a oponerse al régimen desde cualquier óptica, ya que ésta no sólo se extendió a los vencidos en la Guerra Civil, y el adoctrinamiento buscó la sumisión de la sociedad, aunque a diferencia de lo que ocurrió en otros regímenes que utilizaron también estas políticas de corte fascista, no se consiguió la movilización masiva de la población. Esta inactividad de la sociedad española que, como señala el autor, es un rasgo diferenciador con respecto a Alemania e Italia, tiene que ver con las ideas restauracionistas del régimen, que hacían necesario eliminar la movilización política de la República. Sanz Alberola hace en este capítulo una acertada referencia a las influencias, paralelismos y diferencias con regímenes coetáneos en la cuestión del adoctrinamiento, especialmente en el fascismo italiano y el salazarismo portugués. A estas referencias también se alude en otras partes del libro ya que sirven para constatar cómo el representante del Estado en el ámbito local actuó también en otros lugares como elemento vertebrador en la implantación del régimen, o cómo en el caso de Italia su actividad fue menor en beneficio del importante papel del partido único, que no se dio en la dictadura española.

Dentro de la amplia bibliografía existente en torno a los diferentes aspectos del franquismo, el estudio del primer franquismo en

Alicante a través de la institución del Gobierno Civil, se convierte en una excelente y novedosa aportación alejada tanto del radicalismo ideológico de los primeros trabajos, como de la fragmentación de algunos de los últimos estudios de carácter local. Con esta exhaustiva investigación llevada a cabo por Sanz Alberola se cubre de forma clara y documentada uno de los períodos más oscuros de la dictadura franquista.

Rocío Navarro Comas

CUESTA BUSTILLO, Josefina (ed.)

Retornos (De exilios y migraciones)

Fundación Francisco Largo Caballero. Madrid, 1999

Esta obra recoge una serie de estudios que se articulan en cuatro grandes partes: regresos de emigraciones, exilios y retornos, imágenes y representaciones, y testimonios y experiencias. A través de este esquema se obtiene una imagen más cercana a la realidad del emigrante, del exiliado y del refugiado.

El arquetipo del indiano (Xosé Núñez Seixas), creado en el siglo XVI y que perdura hasta principios del siglo XX, es, sobre todo, negativo. Persona prepotente que, además de agente perturbador, se convierte en muchas ocasiones en el «nuevo» cacique.

El norte de España, Asturias (caso estudiado por Francisco Erice) y la Galicia rural (analizada por Raul Sotelo Vázquez) son los escenarios en los que se describen las características y la evolución de la imagen del «indiano» («americano», «cubano» o «habanero», según el lugar del que regresaba). Los retornados son, a veces, símbolo de renovación y modernización, tal como ponen de manifiesto los regeneracionistas. La renovación se extiende a varias facetas de la vida social y económica de estas áreas del norte de España. Las inversiones económicas, la creación de sociedades agrarias y de escuelas parroquiales, así como una

clara influencia en la arquitectura, el lenguaje, las diversiones y el ocio, y la alimentación e higiene, son algunas de las aportaciones de estos retornados que contribuyen a crear una imagen más positiva del indiano.

El modelo del «self-made man», del hombre hecho a sí mismo, convierte en invisible a una amplia mayoría de «americanos» pobres, que regresan a su lugar de origen sin haber logrado medrar.

La tipología de los retornos del exilio constituye el objeto de los estudios incluidos en la segunda parte. El grupo de los intelectuales que con motivo de la Guerra Civil se convierten en exiliados políticos es analizado por Rose Duroux, quien, al igual que los otros autores que intervienen en esta obra, realiza su aproximación a través de una serie de testimonios que ofrecen un mayor grado de cercanía al fenómeno del exilio político y, por supuesto, al retorno —o no-retorno— de éste.

La diversidad de los retornos del exilio republicano es puesta de manifiesto en el estudio de Geneviève Dreyfus-Armand. En el caso de los refugiados se pueden distinguir tres claras etapas. Entre 1936 y 1940 el Gobierno francés es el primero en incitar al retorno; 1939 es el año de los retornos masivos, mientras que a partir de 1945 los retornos son individuales y se espacian en el tiempo.

A pesar de las diferencias que entraña la migración en el caso de los refugiados, exiliados políticos o emigrantes económicos, todos ellos coinciden en la idea de que la migración constituye una etapa transitoria, al final de la cual se encuentra siempre la «vuelta» a la patria, tal como indica Andrée Bachoud. No obstante esta «vuelta» no siempre tiene aspectos positivos. La autora recoge dos biografías, que son las dos caras de este retorno: Rafael Alberti y Jorge Semprún.

Junto a la idea del retorno, Xavier Flores, Inmaculada Cordero y Encarnación Lemus, Arantxa Díaz-Regañón y Antonio Santos, así como Jesús Javier Alonso Carballés, recogen

el fenómeno del no-retorno. Surge la figura del «transterrado» que pasa por un doble proceso: la sublimación de su tierra y la congelación de la imagen de la patria. Estos dos elementos dificultan la reintegración cuando se inicia el retorno. Es el caso de los políticos de la II República en el exilio. A su regreso se encuentran con una España desconocida en la que no encuentran su lugar, ni personal ni políticamente hablando. Por ello, en muchos casos, la vuelta es sólo temporal. Algo similar ocurre con los niños vascos que salieron de España durante la guerra, muchos de sus retornos serán temporales, además de tardíos, por no hablar de los no-retornados.

El retorno del exilio en la literatura y el cine español es analizado en los estudios de Maryse Bertrand de Muñoz, José María Naharro Calderón y Emmanuel Larraz, que completan la idea y la imagen tanto de los autores como del objeto retratado: la emigración y la patria que se deja atrás y a la que se mira con añoranza.

Dos testimonios (Raquel Thiercelin Mejías y Antonio López Campillo) cierran esta obra que complementa la investigación sobre el retorno, llevada a cabo en el simposio internacional de Clermont-Ferrand y recogida en el libro *L'Emigration: Le Retour*.

Cristina García Nicolás

LUIS MARTÍN, Francisco de y ARIAS GONZÁLEZ Luis

De O Grove a Cuba (1937-1964). Memorias de Juan Aguiño: pescador y exiliado
Edicions do Castro. A Coruña, 2000

Tienen razón los autores del estudio preliminar de esta obra cuando advierten que las memorias son un género amplísimo y socorrido. Aparte de sus intenciones didácticas o su papel como desahogo de confesiones personales, se ha tendido en ellas con harta frecuencia a la autojustificación de la trayectoria pública que de ordinario

caracteriza a sus protagonistas. A menudo la historia de las gentes humildes estuvo ausente de estos relatos, y cuando podía acceder a la categoría de la letra impresa, lo era en la medida en que reforzaba las tendencias ideológicas dominantes o cuando suscribía los grandes ideales movilizadores asumidos por sectores sociales o grupos de presión más o menos numerosos. No hay nada de anormal en ello; las historias de que hablamos suelen ser de hombres y mujeres hechos a sí mismos con esfuerzo, o que exhiben una ejemplar trayectoria de coherencia personal, tejiendo una épica hecha de coraje y de valor personal que las convierte en emblemas de los valores de colectivos más o menos amplios.

Sin estar exenta de arrojo y de esfuerzo la historia de Juan Aguiño, sin embargo, no es exactamente de este tipo. Su trayectoria vital comienza en realidad, como sus memorias, en plena Guerra Civil; el acontecimiento quiebra la línea de su vida pero, al igual que en muchos otros casos, sus peripecias no tejen una épica reivindicable por casi nadie. Con su estilo adusto, y en muy pocas frases, el protagonista nos hará saber que comparte la misma vaga repugnancia por un franquismo que le hace emprender su exilio voluntario, que por el comunismo que ha podido conocer en el bando republicano o el que, años después, le hará abandonar la Cuba castrista. El protagonista es, simplemente, uno más entre los pescadores que integran las capas populares gallegas; sus sentencias y frases hechas, su universo moral o su vocabulario, las propias incorrecciones de su prosa enjuta se explican en este contexto; pese a que el autor no sea ajeno a ciertos recursos literarios o al uso ocasional de la ironía, sea capaz de administrar una mediana cultura y cierta amplitud de vocabulario, y tenga una indudable capacidad para el aprendizaje de otros idiomas.

La historia de Juan Aguiño es la suya y la de su barco. La de un hombre honesto con una integridad y unos códigos del honor distintos a los de una legalidad que no

entiende, y a la que burlará constantemente en una difícil lucha por la supervivencia. Su sistema de conducta lo jerarquiza la palabra dada, el pago escrupuloso de las deudas comprometidas, o la fidelidad estricta a sus amigos. Se trata de una peripecia personal no exenta de proezas que nada tienen que ver con la defensa de grandes ideales, sino más bien con un combate denodado por salvaguardar su patrimonio —su barco— puesto en peligro por las asechanzas de una época en la que le tocará huir de una Guerra Civil, de una Guerra Mundial y de una difícil posguerra o de una revolución, la castrista, que pretendía socavar la propiedad sobre lo que había sido la razón y su medio de vida. El pequeño barco pesquero, en efecto, le acompaña en la proeza de cruzar el Atlántico, sobrevivirá al minado de los puertos franceses en plena Guerra Mundial, y constituirá, de hecho, una especie de unidad indisoluble de la propia personalidad de Aguiño. De hecho, en el relato, Juan Aguiño *es* su barco, y con él establece una unidad simbiótica ante la que cualquier otra dimensión de su trayectoria vital queda empequeñecida hasta convertirse en una mera anécdota. En su narrativa el protagonista carece de vida sexual, sólo llora una vez al pasar ante las costas gallegas hacia su exilio americano e incluso su propia esposa, a quien no se cita por su nombre, aparecerá en contadas y escuetas menciones que sólo se convierten en párrafo de más calado cuando la describe reparando redes, y en definitiva trabajando, otra vez, en su barco. La nave marca los ritmos del tiempo social de Aguiño, decide dónde y cómo organizar sus asuetos, jerarquiza los ejes de sus transacciones económicas y su vida asociativa. El barco es la clave en la forja de un patrimonio familiar que nunca acaba de consolidar, pero que, sin embargo, será la razón de su vida. Su propia formación, capacidad cultural y sensibilidad personal está determinada estrechamente por su oficio; la misma parvedad con la que se describe a sí mismo se transforma en el texto en riqueza léxica y,

a veces, en recreación remansada y no exenta de talento cuando se refiere al mar, las condiciones climatológicas o las vicisitudes padecidas por su embarcación.

La historia de Juan es también la de un oficio que es tan protagonista en el relato, quizás, como el mismo barco o su propietario. Decide, de hecho, buena parte de los valores y el universo moral de Aguiño, tan celoso del trabajo bien hecho, del orgullo de su profesión, y de la dignidad en su ejercicio en medio de condiciones ciertamente difíciles. Tanto en su condición de refugiado en Francia inmediatamente después de la guerra, como en el breve y humillante paréntesis de la ocupación alemana del país o, más tarde, cuando tenga que enfrentarse a la arbitrariedad de la corrupta Administración latinoamericana, Aguiño se arregla para hacerse respetar personalmente y en el ejercicio de sus actividades; y ello incluso a costa de fricciones con unas autoridades con las que llega a enfrentarse ocasionalmente, y con riesgo evidente para su precario *status* de refugiado o emigrante. La historia de una poderosa solidaridad de oficio alcanza también, por otra parte, un relieve peculiar en el relato. Sorprendentemente, y pese a responder a una mentalidad cuya lógica última proviene sin duda del viejo universo gremial, Aguiño puede sobreponerse en buena medida a las dificultades impuestas por las barreras legales, las divisiones de fronteras o las diferencias políticas recurriendo a una solidaridad entre pescadores y marineros que ignora, de facto, todo este tipo de fragmentaciones. La manera en que Juan consigue que le ayuden en sus problemas prácticos otros pescadores en Francia, el apoyo desinteresado que recibe para reparar los desperfectos de su barco tras el viaje a América, o el modo en el que sus colegas caribeños organizan una subscripción para poder sufragar su viaje hacia Cuba, ilustran una poderosa historia de solidaridad transnacional que no puede dejar de subrayarse.

Sorprende, además, la notable vigencia de unos códigos de cultura tradicional que

se oponen con éxito, en no poca medida, a la actividad del Estado o a las formas asociativas más o menos modernas y estandarizadas. Aguiño está plenamente inmerso en *redes* de apariencia atrasada; basadas en el favor personal, en la ayuda recíproca de los amigos, o en la protección y el patronazgo. Y lo interesante es comprobar cómo este viejo universo, basado en valores aparentemente precarios como el de los pactos nunca escritos o el de la palabra dada, funciona; de qué manera se arregla Aguiño para crear estas estructuras o ponerse en contacto con ellas en todo tipo de naciones; cómo penetra en el Estado y sus estructuras administrativas, y lo burla; de qué modo sabe buscar todo tipo de resquicios para ignorar las legislaciones, o los sistemas de control económico social. El correlato automático de este modo de funcionamiento es, por supuesto, la corrupción administrativa a pequeña y a gran escala, dado que Aguiño ilustra con claridad ejemplos que recorren una escala excepcionalmente amplia, y que abarcan desde el miserable chupatintas empleado en el puerto, hasta los altos funcionarios ministeriales de París.

La corrupción es, por tanto, la condición para que toda esta trama funcione y, por supuesto, otro de los grandes protagonistas del libro. Una corrupción que se ha ido fortaleciendo en unas formaciones estatales singularmente debilitadas en la posguerra del conflicto mundial, como en el caso de Francia; que deben esta condición a su estrecho subordinamiento a poderes imperialistas exteriores, como en el caso latinoamericano; y que sólo parece fracasar ante formaciones estatales como la de los Estados Unidos. Aguiño, en efecto, conoce funcionarios corruptos durante la ocupación alemana de Francia, y después de su liberación; sabe cómo sobornar al empleado miserable de Venezuela o de la Cuba de antes de la Revolución; se percata, en fin, de las miserias de las autoridades locales castristas aprovechando los escasos resquicios que dejan para explotarlos en su beneficio.

Las peripecias personales de este singular patrón de pesca son, en este sentido, las de un testigo singular de una historia que atraviesa en todo momento con los ojos bien abiertos, levantando acta de cuanto sucede y desde la perspectiva siempre de quienes, parafraseando a Pérez de la Riva, construyen esa historia cotidiana de las gentes sin historia. Su utilidad es, por otra parte, evidente, y no sólo para la historia de Galicia o la de España; harían muy bien nuestros colegas franceses en repasar este fresco de la vida cotidiana francesa durante la dura posguerra del conflicto mundial con su constante hervidero de rumores, corrupción cotidiana, mercado negro, e ilegalidad y especulación generalizada. El valor del texto, además, viene avalado por una introducción en la que los autores proporcionan datos sobre Juan Aguiño muy útiles, dada la propensión que mostrará este último en el texto a hablar más del barco que de sí mismo; y sobre todo, se añaden descripciones históricas que saben resumir los principales datos sociopolíticos o económicos que caracterizan, en la fase histórica pertinente, a los países visitados por Aguiño. La buena selección de estos últimos, o la concisión certera de sus referencias bibliográficas, ayuda al lector a valorar mejor los retratos sociales e históricos del marino protagonista de la obra aún cuando, a veces, el cuadro histórico trazado sobre tal o cual acontecimiento sobrepase la extensión o el relieve que esa misma problemática adquiere en el relato de Aguiño. Buen libro, en suma, excelente fuente histórica, y mejor testimonio sobre protagonistas que, hasta el momento, han tenido poca cabida en nuestra historiografía.

Jorge Uría
Universidad de Oviedo

SARTORIUS, Nicolás y ALFAYA, Javier

La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco

Espasa. Madrid, 1999

Nos encontramos ante un libro que era necesario. Frente al ingente número de publicaciones centradas en la II República, en la Guerra Civil y en la transición a la democracia, no son tantos los libros en los que se realiza un retrato de los años de la dictadura, y menos aún los que recuerdan que el régimen de Franco fue una dictadura, durante la cual las libertades y los derechos humanos brillaban por su ausencia. El objetivo de los autores es precisamente recordarnos que el franquismo fue un régimen dictatorial, porque perciben que en los últimos años buena parte de la publicística y de la opinión pública tienden a homologar este período de la historia contemporánea de España con un régimen normalizado.

Para cumplir su propósito N. Sartorius y J. Alfaya no sólo confían en su memoria como protagonistas de la resistencia anti-franquista, sino que también han manejado bibliografía y documentación de archivo. Lógicamente, dos personajes del *currículum* antifranquista de los autores habrán plasmado sus recuerdos en el libro, pero en ningún caso alardean de ello, ni se autopostulan en la nómina de aquellos sin los cuales la democracia jamás hubiera llegado a España, tal como pasa en muchos libros actuales. Los autores tienen claro que el protagonista de la consecución de la democracia no fue otro que el pueblo español.

Resaltamos esto porque este libro, pese ser un ensayo, se acerca mucho a lo que pudiera ser un libro escrito por un historiador. Aunque los autores vierten sus opiniones sobre la dictadura y quienes la sostuvieron, se atienen a la documentación para realizar este análisis sobre el régimen de Franco. Sartorius y Alfaya nos ofrecen varias pautas muy interesantes para poder interpretar al franquismo en su justa medida;

una dictadura apoyada por el fascismo internacional en su nacimiento, sustentada por la Iglesia y las clases altas, tanto urbanas como agrarias, en el interior, y por la política anticomunista de los EE.UU. en el exterior. Además, esta dictadura no tuvo problemas en ejercer la violencia para lograr sus objetivos: sojuzgar a la clase obrera y mantener el poder personal del dictador. Por esto, señalan los autores, del seno de la propia clase obrera surgió la única organización capaz de enfrentarse eficazmente a la dictadura: CC.OO.

Finalmente, los autores concluyen que los cuarenta años de dictadura supusieron un atraso para España en lo político, económico, social y cultural, algunas de cuyas consecuencias aún estamos pagando hoy, como cierta desidia política y sindical popular, la corrupción, el terrorismo, la situación de la ciencia española, etcétera. Así pues, creemos que este libro también es muy útil para comprender la España de hoy y la nefasta herencia que nos dejó la dictadura de Franco.

Juan María Carreño Díaz

UGARTE, Javier (ed.)

La transición en el País Vasco y España.

Historia y memoria

UPV/EHU. Bilbao, 1998

El proceso democratizador que tuvo lugar en España después de que en 1975 acaeciera la muerte del general Franco ha atraído la atención intelectual de numerosos científicos sociales que han terminado por generar una literatura sobre el mismo que ha llegado a ser extraordinariamente abundante (es uno de los temas de nuestra Historia Contemporánea que cuenta con una bibliografía más amplia) y, en no pocos casos, de enorme rigor y notable complejidad. Conocemos, pues, aceptablemente bien el proceso de nuestra transición política, lo que no significa que las posibilidades de

ahondar en la investigación sobre ella se encuentren en fase de agotamiento. El terreno que en la actualidad queda por roturar es todavía bastante extenso y nada impide que futuros trabajos nos deparen aportaciones —de toda índole— que puedan ser valoradas como interesantes.

Este libro, que recoge las exposiciones orales —en algunos casos modificadas— de los participantes en el *Simposio Histórico sobre la Transición* que el Instituto Universitario de Historia Social «Valentín de Foronda» organizó en Vitoria en el verano de 1996, es en cierta medida una buena muestra de lo que han sido muchos de los importantes avances que en los últimos años se han producido en nuestro conocimiento del cambio político postfranquista, y su lectura nos ofrece una magnífica oportunidad para volver a reflexionar en profundidad acerca de dicho cambio. El lector no hallará en sus páginas una nueva interpretación de la transición política española que se presente de forma dinámica, global y coherentemente articulada, pero sí puede apreciar elementos suficientes (más en el ámbito de las propuestas analíticas que en el de los datos concretos) que contribuyan a repensar algunos de sus aspectos más relevantes. En lo que se refiere al País Vasco, debido a que los estudios sobre la historia de su transición política no han proliferado demasiado, el enfoque utilizado ha sido en parte diferente. Algunas de las ponencias presentadas (las de Antonio Rivera y Manuel Montero) contienen una explicación histórica del proceso de democratización allí realizado que resulta en general bastante novedosa.

El hecho de que el Gobierno de Adolfo Suárez, empujado por la oposición anti-franquista, acabara por dirigir la reforma política utilizando los anteriores resortes del poder insertos aún en aquellos momentos en los aparatos del viejo Estado, hizo que el cambio hacia la democracia adquiriera unos rasgos relativamente uniformes en toda España aunque el mismo se expresara también en los distintos territorios que

componen el mapa nacional con un variable grado de diversidad. En este sentido, no todas las comunidades autónomas jugaron el mismo papel en el arranque de la democracia ni en la fase de su consolidación. Así las cosas, el planteamiento metodológico que subyace en el libro se asienta en la idea de distinguir conceptualmente el proceso de transición a la democracia en España del que se llevó a cabo en el País Vasco, si bien presuponiendo que el primero sirvió de marco de referencia para el desarrollo del segundo (lo que da pie a pensar que *La transición en España y el País Vasco. Historia y Memoria* hubiera sido un título más apropiado) y que ambos se interfirieron mutuamente y generaron unas peculiaridades que no tendrían parangón en otras comunidades autónomas.

El libro se estructura formalmente en cuatro partes bien diferenciadas («La transición española en la historia», «La transición en el País Vasco», «Memoria de la transición» y «Comunicaciones. Resúmenes») a las que precede una breve pero meditada Introducción que a las mismas hace Javier Ugarte. El bloque de ensayos que abordan la dimensión nacional del cambio político postfranquista es desarrollado por cuatro autores. Walther L. Bernecker lanza su mirada (en ocasiones de forma excesivamente minuciosa) a la totalidad del siglo xx español con el objetivo de poder comprender, con la perspectiva que da el estudio del tiempo largo, el significado histórico de nuestro proceso de transición democrática. La conclusión parece clara: este proceso permitió que España acoplara su sistema político a sus estructuras económicas y sociales e hizo posible su encuentro definitivo con Europa. José Casanova describe las características del modelo español de transición política y establece el alcance de su proyección en el importante fenómeno democratizador que desde mediados de los años setenta tuvo lugar en extensas zonas del planeta. El tipo de transición que se impuso en España mediante una reforma legal desde arriba y una ruptura desde abajo

fue bastante atípico y tuvo una influencia directa sólo en un número muy reducido de países. Santos Juliá trata el tema de las condiciones sociales en las que se produjo la transición a la democracia en España descartando las propuestas mecanicistas que intentan explicar el cambio político por la mera transformación de las estructuras socioeconómicas. Las organizaciones sociales y políticas acabaron siendo deudoras de los valores que previamente habían surgido en el seno de la sociedad. Pere Ysàs, por último, traza con detalle el camino que condujo a la institucionalización del Estado de las Autonomías con la aprobación de la Constitución y de los diferentes Estatutos, y reflexiona sobre lo que supuso —particularmente en Cataluña y el País Vasco— todo aquello que estuvo relacionado con este asunto tan relevante.

Tres ponencias configuran el bloque de trabajos que circunscriben su objeto de análisis a la transición en el País Vasco. Antonio Rivera hace hincapié en las notables peculiaridades que ésta presenta con respecto al proceso general llevado a cabo en el conjunto de España. Estas peculiaridades se manifiestan en el cuestionamiento —radical desde la órbita de HB— que de la transición se hace en el País Vasco, que sirve para entorpecer la actividad institucional y legitimar la acción violenta, en la precariedad del consenso colectivo y en la potencialidad del nacionalismo. Manuel Montero, que mantiene igualmente la tesis de la peculiaridad vasca en el proceso de transición, explica que esta situación se debió a varios factores, no siendo el menos

importante a considerar el hecho de que en medios nacionalistas se haya equiparado normalmente la auténtica transición democrática (todavía por realizar) con una vía que tendría que desembocar en la construcción nacional. En fin, Paloma Aguilar estudia el peso de la Guerra Civil en la transición política vasca. Los nacionalistas no contemplaban el conflicto bélico como una contienda entre hermanos sino como una lucha de resistencia nacional contra el ocupante extranjero y, con una fuerte carga de victimismo, extendieron la idea de que había tenido unas consecuencias más negativas para el País Vasco que para el resto de España. No parece que la investigación histórica confirme tales diferencias. Sería en los años sesenta y setenta cuando la represión de la dictadura adquiriera una mayor intensidad en aquellas provincias. De entonces procedería parte de la autoridad moral que la oposición reconoció al nacionalismo y con la que éste se desenvolvió después de morir Franco.

Los testimonios de algunos de los protagonistas de aquellos años y los resúmenes de las comunicaciones que se presentaron al Simposio poseen —como es lógico— un valor muy desigual. Los testimonios de los protagonistas que centran su discurso en el País Vasco (en particular los de Mitzel Unzueta y Mario Onaindía) resultan en general más enjundiosos que los de aquellos que se refieren a todo el ámbito nacional (los de Santiago Carrillo y Gabriel Cisneros).

Manuel Redero San Román